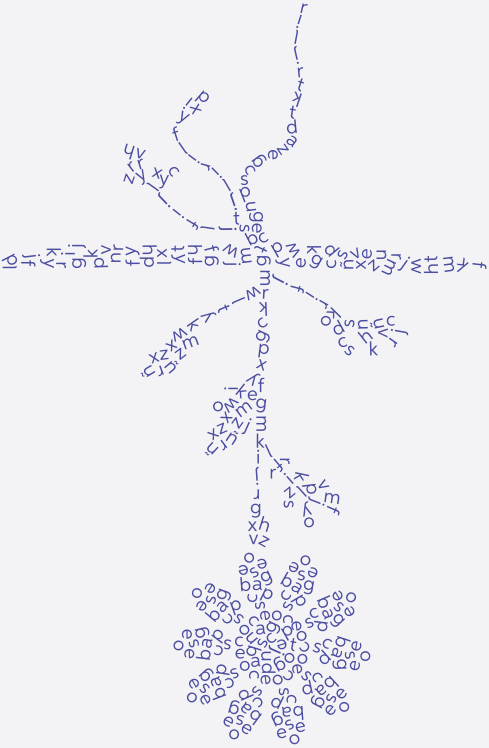
Daniel Goldin

LA MÚSICA DE LAS BIBLIOTECAS

Política y poética de un espacio público, hoy



bnp biblioteca nacional del perú

LECTURA, BIBLIOTECA y COMUNIDAD

Daniel Goldin

LA MÚSICA DE LAS BIBLIOTECAS

Política y poética de un espacio público, hoy

bnp biblioteca nacional del peru

LECTURA, BIBLIOTECA y COMUNIDAD

027.4 Goldin, Daniel, 1958-, autor.
G59 La música de las bibliotecas: política y poética de un espacio público, hoy / Daniel Goldin.-- Primera edición.-- Lima : Biblioteca Nacional del Perú, 2021 (Lima : Impresiones Guerrero).

196 páginas; 18 cm.-- (Lectura, biblioteca y comunidad)

Contenido: El tema: el agua es vida -- El presente asediado -- Algunas re-visiones para entender el entorno y para enmarcar el (im)posible retorno -- La música de las bibliotecas -- De la biblioteca al jardín -- Cuaderno para improvisar -- Coda: las bibliotecas y el agua.

D.L. 2021-08920
ISBN 9786124045691

1. Bibliotecas públicas - Aspectos sociales - Ensayos, conferencias, etc. 2. Bibliotecas y comunidad I. Biblioteca Nacional del Perú II. Título III. Serie

BNP: 2021-014 BNP-DGC

La música de las bibliotecas. Política y poética de un espacio público, hoy
©Daniel Goldin

©Biblioteca Nacional del Perú
Av. De la Poesía 160
www.bnp.gob.pe

Jefe Institucional de la Biblioteca Nacional del Perú
Ezio Neyra Magagna

Directora de la Dirección de Acceso y Promoción de la Información
Fabiola Vergara Rodríguez

Jefa del Equipo de Gestión Cultural, Investigaciones y Ediciones
Kristel Best Urday

Edición: Gracia Angulo
Diseño de línea gráfica: Rodolfo Loyola
Diagramación: Daniela Abad
Corrección de estilo: Anaís Blanco
Ilustración original de portada: Imma Pla

Primera edición: agosto de 2021
Tiraje: 700 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2021-08920
ISBN: 978-612-4045-69-1

***

La colección *Lectura, Biblioteca y Comunidad* nace con el objetivo de promover la reflexión en torno a la lectura como práctica sociocultural, a las bibliotecas como espacios de encuentro que posibilitan el desarrollo y a las políticas públicas que inciden en el gran ecosistema formado por las bibliotecas, la lectura, la escritura, el libro y el acceso a la información. En esta colección se publicarán conferencias, ensayos, entrevistas, conversaciones, entre otros textos, de investigadores e investigadoras y profesionales de reconocida trayectoria. De esta manera, la Biblioteca Nacional del Perú espera contribuir a la reflexión y a la generación de conocimiento sobre prácticas y espacios que son de gran valor para la construcción de una ciudadanía crítica y de una sociedad democrática.

Lectura, Biblioteca y Comunidad busca propiciar el diálogo y el encuentro a través de miradas que recogen y trascienden lo local y nos llevan a reconocer experiencias e iniciativas exitosas que evidencian la manera en que las bibliotecas son instituciones transformadoras que pueden llegar a ser verdaderos motores de desarrollo de las comunidades a las que atienden.

Índice

11 El tema. El agua es vida

Liminar

47 Primera parte. El presente asediado

Entre el pasmo y la incertidumbre

La singular apertura de esos lugares consagrados al saber sobre los que sabemos muy poco

¿Virtual o real? Lo posible, lo deseable ¿y lo imposible?

La revisión de los supuestos: introducción a las genealogías

Otra vuelta de tuerca a las genealogías hoy, ¿un viaje al pasado o una invitación a reinventar el porvenir?

91 Segunda parte. Algunas re-visiones para entender el entorno y para enmarcar el (im)posible retorno

Doxas y paradoxas

La crisis de la cultura escrita

La crisis de la duración
La perturbación de la relación entre el creador y el receptor, la materialidad y la corporeidad
La palabra escrita y la creación de espacios
La era digital y sus implicaciones espaciales y corporales

125 Tercera parte. La música de las bibliotecas

Las bibliotecas y los nómadas
Las bibliotecas, la muerte y la democracia
Principios, recomienzos y finales

141 Cuarta parte. De la biblioteca al jardín

La biblioteca y el suelo donde edificamos y pensamos
El subsuelo y el espacio que habitamos
El jardín, una nueva perspectiva para las bibliotecas públicas

161 Quinta parte. Cuaderno para improvisar

Cultiva tu jardín. Para leer y dialogar
¿Cómo cultivar un jardín?

187 Coda. Las bibliotecas y el agua

Sobre este libro

Escribí este libro a petición de Ezio Neyra Magagna, pocos meses después de que estallara la pandemia de la COVID-19. Aunque él dejó abierta la posibilidad de hacer una recopilación de textos escritos previamente, preferí aceptar la invitación como un desafío para repensar (o replantear) algunas preguntas que me han guiado en mi labor como editor, promotor o bibliotecario. Lo escribí consciente de la dificultad inherente a su mera formulación, sin pretender responderlas. Hoy más que nunca me queda claro el valor de las preguntas en sí. Para las decisivas, generalmente, no hay respuestas válidas para todos ni para siempre. Acaso tampoco hay preguntas universales.

La música de las bibliotecas. Política y poética de un espacio público, hoy está tejido a partir de la reformulación de inquietudes relacionadas con el pasado, presente

y futuro de las bibliotecas, los libros y la lectura, pero sobre todo con la cultura escrita, el espacio público y la ciudadanía. Son inquietudes políticas porque conciernen al poder y a las maneras de ejercerlo y (re)conocerlo, y porque proponen o cuestionan las maneras de estar juntos.

Lo he escrito buscando acercarme a formas musicales. Con temas y variaciones. De ahí que haya frases que se repitan o semejen hacerlo. Pero, más allá de esta cuestión formal, espero que el lector comprenda que la poesía y la música no son meros medios para transmitir, sino una apuesta por explorar otras formas de construir sentido y habitar. De ser en el tiempo.

Como toda obra, este libro tiene un orden. Pero tú, lector, estás invitado a alterarlo. La forma que he elegido es una invitación explícita para saltarte parágrafos o capítulos enteros, leer de corrido o por fragmentos y marcar tu propio ritmo.

EL TEMA. EL AGUA ES VIDA

Liminar

Liminar 'perteneciente o relativo al umbral
o a la entrada'.
Ese es el significado de la palabra que encabeza este
capítulo inicial.
Me detengo en la palabra umbral
para mostrar al lector de qué se trata
este juego. Un *umbral*
es originariamente
el escalón, el dintel o cualquier otro espacio
que marca la diferencia entre el dentro y fuera de una

casa o un recinto.
La casa a la que quiero
invitarte aún no está
construida. La iré construyendo
conforme vaya
escribiendo las páginas
que siguen y
tú las vas leyendo. Pero solo será
una casa cuando ambos dejemos estas páginas
y con estas y otras palabras abramos
un recinto
al que lleguen otros,
lectores o paseantes.
Ellos, a su vez,
seguirán construyéndola.
No es mi casa.
Es una casa para encontrarme,
para encontrarte,
para encontrar un eventual
nos-otros.
Para recibir y des-
cubrirse.

Al comenzar a
traspasar el umbral
no puedo olvidar que

umbral,
esa hermosa palabra, también
dialoga, al menos en mi oído,
con otras de diferente linaje y opuestas entre sí:
lumbre,
sombra o
umbrío.
Alguna vez me dijo una amiga, que ha escuchado
a mujeres y hombres
de muchos lares,
que lo que para nosotros son opuestos,
por ejemplo,
sol y sombra, vida y muerte,
para otros son complementarios.
Día y noche dialogan y
provocan el movimiento,
que es lo que verdaderamente importa.
Estar cerca del origen originante, permanecer cerca de
él, supone, pues, un traslado,
mutar constantemente y conservar la frescura del
recién nacido.
Nada más eso pretendo
con estas reflexiones de un aprendiz.

1.

Empecé a redactar este libro la mañana del 3 de octubre de 2020.

Solo unas cuantas horas antes, Donald Trump, que en esos días era considerado el hombre más poderoso del mundo, había ingresado al hospital tras anunciar que había sido infectado por un virus. Pocos meses antes, ese señor lo había calificado como una superchería china.

Hoy (casi) nadie considera que el virus que causa la COVID-19 sea una patraña. En cambio, no pocos se cuestionan si Donald Trump y su mujer estuvieron verdaderamente infectados o si se trataba de una estratagema para ganar las elecciones que perdió, aunque él todavía no lo reconoce.

A unos meses de esos días angustiosos, la noticia ha perdido relevancia. En cambio, resulta cada vez más importante señalar que a cientos de millones de personas no les preocupa mentir ni si les mienten.

Estamos ante una inédita crisis de valor de la verdad que afecta a los valores y creencias depositados en libros, bibliotecas y todo eso que llamamos la «cultura escrita», pero que es más profunda. Algo que, a mi entender, está en la raíz de la escritura: la construcción de un vínculo social fundamentado en el poder de la palabra para propiciar diversas prácticas e intercambios, sociales e indi-

viduales. Sí, se trata de una crisis que afecta desde la raíz a todas nuestras creencias e instituciones.

En una situación así, ¿la lectura puede ser una vía para construir un espacio común cimentado en el (re) conocimiento?

Este libro es una apuesta afirmativa. Sustento que el (re)conocimiento puede surgir de una lectura crítica, una lectura que, ante todo, se asume como lectura. Es decir, como una actividad de registro y selección de indicios de un todo para producir un efecto de sentido. Una lectura que asume que otro leerá y que podrá discrepar. Y que a discrepar invita. Una lectura que asume que el (re)conocimiento está por construirse a través del intercambio y el diálogo. Una lectura que asume de manera crítica su relación con la verdad, como un horizonte imposible de alcanzar y, pese a ello, de un valor irrecusable.

De ahí que asuma este estilo. La forma es fondo.

Escrito con una doble justificación, el libro pretende
re-
presentar
el movimiento de un pensamiento y al mismo tiempo
invita a re-
producirlo y ampliarlo.
Es una invitación a pensar

y experimentar, que te propone a ti, lectora o lector,
levantar la vista de la página
y leer tu contexto,
y escribir, con palabras y con acciones,
tu propio texto en tu contexto.
Un libro que te invita a cuestionarlo
y a cuestionarte, y que supone
que el libro es solo parte
de un diálogo deseado.

2.

Es en este tiempo en el que me toca hablar sobre el valor de las bibliotecas públicas, una institución que muchos calificarían como milenaria, tal vez con razón, y que, en este tiempo convulso, encarna de manera aguda dos crisis vinculadas entre sí: la crisis de la cultura escrita y la crisis del espacio público.

Ambas comenzaron mucho tiempo antes que la pandemia de la COVID-19. Pero se hicieron más evidentes en el confinamiento al que nos vimos forzados, por primera vez en la historia, en el orbe entero, de manera casi simultánea.

No podemos abordar el valor de las bibliotecas sin aludir a estas crisis. Cualquiera que sea la acepción que les demos, las bibliotecas públicas están vinculadas a la cultura escrita y al espacio público. Pero el espacio pú-

blico y la cultura escrita se pueden abordar sin necesidad de las bibliotecas públicas, pero no sin referirnos a la conversación, la actividad cultural primordial, extrañamente desdeñada por muchos bibliotecarios.

A ti ¿qué te parece más importante, las bibliotecas o la conversación?

3.

Si no (nos) comprendemos (en) ese contexto,
no podemos construir un espacio común,
la casa para albergar al otro,
el espacio para el (re)conocimiento del otro,
y disfrutar de un eventual
(nos)otros.

4.

Escribo este libro en torno al pasado, presente y futuro de las bibliotecas públicas desde la incertidumbre.

Nadie sabe lo que pasará, pues cualquier descuido puede ser fatal y el enemigo es invisible y, aparentemente, omnipresente.

Tampoco sabemos qué les pasará a las instituciones o empresas en las que trabajamos, estudiamos o disfrutamos. ¿Qué pasará con la escuela pública, esa institución

concebida como sostén de un proyecto de igualación de oportunidades? ¿A las ciudades que habitamos, a nuestros países, o al mundo por el que hace pocos meses supuestamente podíamos transitar?

El receso nos brinda un mirador amplio para contemporizar entre realidades pasadas, presentes y futuras. Podemos reconocer que nadie sabe lo que pasará con eso que llamábamos «la normalidad»… pero, de manera larval, hemos comprendido que la normalidad pasará.

¿Es lo mismo la normalidad que la realidad?
Desde la perspectiva vivencial se confunden,
pero, en crisis como estas, la realidad aparece
como un territorio por descubrir y construir.
Eso hace que leer y escribir,
y confrontar lecturas y escrituras,
se convierta en un proceso comprometedor.

5.

La realidad y la normalidad tal como las conocíamos están en entredicho.

Esta incertidumbre concierne en su esencia a las bibliotecas como recintos consagrados a conservar y propiciar el conocimiento. A descubrir lo real y propiciar su expansión. Como instituciones que nos ayudaban a participar en la vida social, a dialogar con los diferentes

mundos que coexisten en el mundo, en las diferentes visiones de lo real que coexisten en nuestra realidad.

6.

Incierto

Viene del latín:
de *in*, que significa «no»,
y de *certus*, que significa «resuelto, preciso, seguro».

Lo incierto no es
opuesto
a la verdad.
Por el contrario,
por ella apuesta.

Quien apuesta por la verdad acepta con alegría vivir en la incertidumbre. Por más paradójico que parezca.

7.

Estamos todos ligados, quizá de manera diferente a la que imaginábamos, pero en forma indubitable.

La COVID-19 lo ha puesto en claro. Todos los estados del orbe han visto trastornadas sus políticas y economías, pues están entrelazados por una complejísima retícula en la que fluyen personas, bienes, servicios, co-

municaciones, en múltiples direcciones. Industrias, comercios, universidades, escuelas[1], hospitales, centros de investigación, museos, talleres. Por supuesto, también las bibliotecas.

Si no existiese este tejido reticular, el virus no se habría propagado con esa velocidad desde Wuhan, una ciudad de China relativamente desconocida, pese a ser mayor que muchos países europeos, hasta su antípoda, en Patagonia.

En ese sentido, la pandemia de la COVID-19 nos pone en condición de igualdad a personas y grupos sociales muy diversos. Pero también ha mostrado de manera fehaciente que estamos muy separados y somos muy diferentes. Las sucesivas y simultáneas crisis derivadas de ella han puesto de relieve dos cosas: que todos estamos ligados, y que estamos separados por enormes diferencias y desigualdades. Que en realidad la normalidad era una ficción que nos ayudaba a funcionar como si todo fuese normal.

---

1 Comparto aquí un enlace al reporte de la Unesco acerca del cierre de las escuelas de educación básica en el mundo: https://en.unesco.org/covid19/educationresponse

8.

Iguales y desiguales.
Únicos y diferentes.
Estos dos pares se parecen,
pero no se trata
de lo mismo.
Ambas oposiciones son necesarias
para comprender y afrontar
los desafíos que enfrentamos
en el mundo contemporáneo.
Ambas oposiciones han guiado agendas en las que se
inscriben las tareas de las bibliotecas públicas:
la agenda del combate a la desigualdad
y la agenda del reconocimiento de la diversidad.

9.

Escribo este libro en torno al pasado, presente y futuro de las bibliotecas públicas desde la incertidumbre. Pero el tema es la vida que estas han propiciado o resguardan. Y, sobre todo, la vida que pueden o podrían propiciar.

El tema es el agua. El agua es vida, al menos mientras corra, pues el agua estancada es símbolo de la muerte. La forma pretende imitar al agua.

La forma pretende
propiciar en ti
nubes, lluvias, ríos y mares.

10.

Como mundo globalizado que somos, supuestamente, en cada ciudad, en cada país, en cada continente, hablamos de lo mismo. Eso nos tranquiliza. Apacigua los posibles conflictos.

Reconocernos globalizados nos permite sentirnos más acompañados.

Pero basta con poner un poco de atención para darnos cuenta de que no estamos hablando de lo mismo, ni siquiera cuando hablamos de las cifras de la pandemia: contagiados, muertos, hospitales, atención médica.

Esto se agudiza cuando hablamos de conceptos relacionados con la economía (pobreza, riqueza, recursos, bienestar, lo esencial y lo suntuario, etc.), la ciudadanía (democracia, legalidad, derechos, igualdad, etc.), la cultura (alta, popular, especializada, ciencia, arte y literatura, costumbres, artesanía o desarrollos tecnológicos, etc.) o la educación (formación o información, alfabetizado o lector, buen o mal alumno, exitoso o fracasado, etc.).

Como mundo globalizado que somos, supuestamente, descubrir todo esto nos revela una soledad inédita y

también una inédita manera de dialogar.

11.

¿Cómo hacer dialogar la agenda del combate a la desigualdad tan grotesca y la del reconocimiento de la diversidad?

No hay, desde luego, una respuesta. Ambas agendas son importantes y a menudo generan conflictos entre ellas. Ambas provocan heridas lacerantes. Unificarlas resulta no solo una superchería. Revelaría la claudicación a una manera única de ver el progreso.

12.

Ahora que tantos insisten en entonar lamentos y nostalgias, no es poca cosa descubrir este tesoro ante nuestros ojos: al mostrar las desigualdades y evidenciar la diversidad, el presente nos permite descubrir posibilidades insólitas para afrontar desafíos arcanos. ¿Seremos capaces de hacerlo? Este libro es una apuesta.

Y cuenta contigo como cómplice.

13.

¿Igualdad y desigualdad? ¿Singularidad y diversidad? ¿Economía, cultura, derecho, educación, arte…?

¿En cuál de todas esas agendas podemos insertar la labor de las bibliotecas públicas?

No soy historiador. Pero creo que ha habido momentos y tradiciones en los que las bibliotecas han estado guiadas por la agenda del combate a la desigualdad, y otros en los que el peso se ha puesto en el reconocimiento de la diversidad.

Así expresado, puede parecer algo abstracto y alejado de la cotidianidad de las bibliotecas, pero el tema tiene y tendrá cada día mayor valor, justamente porque cada día hay una mayor cantidad de personas que usan las bibliotecas para muchas más cosas que leer y escribir, y porque el término «cultura escrita» hace muchas décadas que no se puede restringir a lo relacionado con los libros, periódicos o revistas.

Una agenda que privilegia el combate a la desigualdad, generalmente, se traduce en una homogeneización de los procedimientos y acervos, y en una centralización de las decisiones. Una agenda que privilegia el reconocimiento de la diversidad propone otro tipo de relaciones, tanto en el interior de una biblioteca (entre los integrantes del cuerpo que labora en ellas) como entre las diferentes bibliotecas. La primera es, por decirlo de una manera simple, más vertical; la segunda alienta la horizontalidad.

La primera concibe a las bibliotecas fundamental-

mente como espacios que resguardan y ponen a disposición cultura e información. La segunda, sin descuidar eso, propone que las bibliotecas son también espacios para la creación y espacios hospitalarios para estar; sí, solamente eso: espacios hospitalarios para estar.

En un mundo tan desigual, en el que no pocas personas no pueden gozar siquiera de espacio para estar y del tiempo para descansar, ambas son necesarias.

¿Cuántas instituciones pueden lidiar de manera más
plena con ambas agendas que las bibliotecas públicas?
Tal vez ninguna, porque ninguna otra está abierta para
cualquiera, sin importar la edad, el sexo,
el grado de instrucción.
Porque ninguna propicia al mismo tiempo actividades
tan opuestas como dormir y trabajar, soñar e investigar,
estudiar y divagar.

14.

Sin embargo, no todas las bibliotecas atienden las dos agendas. Atenderlas supone algo más que una declaración de principios.

Atenderlas supone la organización del espacio, la dotación de acervos, las funciones asignadas y reconocidas a los bibliotecarios. Incluso los horarios de trabajo y apertura. Y algunas bibliotecas públicas solo se concen-

tran en ser espacios que cumplen la función de resguardar y poner a disposición conocimiento e información. Y otras que, de maneras muy diversas, establecen equilibrios siempre cambiantes entre poner a disposición conocimiento e información, invitar a cualquiera a que produzca ambos y brindar a cualquiera un espacio para ser y estar…

Las dos son maneras legítimas de ser bibliotecas públicas. Pero no son iguales. Cada una nos compromete de manera diferente.
Y tú ¿con cuál de ellas te quieres comprometer?

15.

Sea cual sea el lugar en donde estemos, la crisis de la COVID-19 nos ha afectado a todos. Cada día es más evidente que el retorno a la normalidad no será posible.

Aun si se consigue la anhelada vacunación universal, las economías de las familias, empresas, ciudades y naciones han sido afectadas.

Es temprano para saber cuánto afectará a nuestros afectos y relaciones.
Cuánto afectará la pandemia, por ejemplo, a todos los niños que no han compartido con sus padres los gestos que acompañan

y complementan los diálogos en público,
por estar con cubrebocas, o con los compañeros y
maestros el retozar; cuánto afectará a los modos de
amar, de gozar, de definir lo público o lo privado.
Pero es tiempo de entender que los efectos que una
crisis así provoca
afectan a la economía, a la política y a la salud,
no solo pública y privada,
sino a la salud del entorno
biológico y social.

16.

En una situación así, ¿la lectura puede ser una vía para construir un espacio común cimentado en el (re)conocimiento?

Este libro es una apuesta afirmativa. Sustento que el (re)conocimiento puede surgir de una lectura crítica, una lectura que ante todo se asume como lectura. Es decir, como una actividad de registro y selección de indicios de un todo para producir un efecto de sentido.

Lo que está por verse es a qué nos referimos con lectura y con cultura escrita hoy, y qué valor pueden tener ambas en un momento en el que a una gran cantidad de personas no les importa si les mienten. Y tantos poderosos mienten impunemente.

17.

Hoy (casi) todo es gratuito (al menos por unos meses, mientras te enganchan para pagar una cómoda mensualidad).

- Pero (casi) todo produce riqueza para alguien.
- (Casi) todos podemos entrar a donde no habíamos imaginado.
- Y (casi) todos pueden entrar a donde no nos gustaría que entren.

Ahora (casi) todos somos (casi) iguales. ¿Por qué vivimos en un mundo crecientemente desigual?

La desigualdad que aumenta en el presente nos hace a todos vulnerables. También a los más ricos. Los conflictos sociales que hemos atestiguado en diversos países de Latinoamérica son señales claras de eso. Pero no se puede conjugar ya la agenda de la desigualdad sin considerar la de la diversidad. Los conflictos sociales que estamos viviendo en Latinoamérica y en todo el mundo lo hacen ver.

Antes de que se restablezca la libertad de tránsito de manera sostenida y de que nos enfrentemos a la posibilidad de construir una nueva normalidad, tenemos que repensar nuestras economías, en el sentido literal del término: la administración de los recursos del hogar.

No, no me estoy refiriendo, no principalmente, al menos, a ese ámbito de la vida pública en el que nos sentimos naufragar o a la deriva.

Obligados por las circunstancias, pero no solo por ellas, podemos reconocer nuestros recursos y cómo invertirlos.

Reconsiderar los presupuestos que rigen nuestra manera de invertir recursos (dinero, pero también tiempo, esfuerzo, atención) para producir valor.

¿Te has preguntado
qué es lo necesario,
qué es lo indispensable,
qué es lo vital y
qué es lo superfluo para ti?
¿Cuánto vale lo que tanto te cuesta?
¿Y cuánto te cuesta preservar
lo que supuestamente es gratuito,
por ejemplo, el silencio y la compañía?

19.

En *Cronología del progreso*, Gabriel Zaid dedica unas provocadoras páginas al tema de la desigualdad y la pobreza. «Llegará el día en que los pobres sean protegidos como una especie en extinción». No lo sé. Pero me gusta coincidir con él al pensar que la pobreza puede quedar

atrás en unas cuantas décadas, y que creer que será eterna ayuda a perpetuarla. O en pensar que la desigualdad económica no tiene la importancia que se le suele atribuir y que lo importante es que todo ser humano disponga de suficientes calorías, proteínas, agua potable, ropa, techo… Pero también de tiempo para descansar y no hacer nada. De espacio (físico y temporal) para no hacer nada y soñar, y de la capacidad para dialogar con sus sueños… algo que propician las bibliotecas públicas y los jardines, que no en todos los países ni en todas la ciudades hay, ni funcionan por igual.

Tal vez los índices de desigualdad entre países y ciudades ayuden a explicar por qué algunos países ofrecen una biblioteca pública acogedora, en la que cualquiera puede entrar a acceder a los bienes culturales creados por otros, o a participar en la comunidad de creadores aun sin tener título alguno, o a no hacer nada, al menos por un rato. Pues las bibliotecas públicas permiten eso que ninguna institución permite y propicia: acogerte para ser siempre tu casa, acogerte para que te transformes y puedas alternar entre el ocio y el trabajo, la soledad y la compañía, el sueño y la vigilia…

20.

Los (pre)supuestos han sido afectados.
Es necesario (re)pensar prioridades. A qué
brindar dinero, tiempo, atención…
Esto nos concierne a todos.
Individuos, familias, empresas,
instituciones y países.
Puesto que la(s) crisis ha(n) afectado
a la dimensión íntima, privada y pública,
es oportuno que entendamos que
estamos ante una oportunidad de volver a priorizar
de manera integral.

Los supuestos siempre son más importantes que los
presupuestos.
Los supuestos se discuten aún menos que los
presupuestos.
Sí, te invito a definir qué
es para ti lo importante,
lo prioritario, lo imprescindible
y lo superfluo.
Por qué quieres trabajar, dentro y fuera de la biblioteca.
Qué quieres ganar.
En qué te interesa invertir tiempo, esfuerzo, dinero.

21.

Las bibliotecas públicas pueden ser vistas como instrumentos para aumentar la productividad (pues acumulan y distribuyen conocimiento e información, y pueden estimular la conversión de cualquiera en un creador). Pero también oponerse a ella (pues también propician el ocio).

22.

El prefijo *re-* está inscrito en el código genético de las bibliotecas:
propician la creación y la recreación,
la lectura y la relectura,
la visión y la revisión.
Reparten oportunidades de (**re**)encontrarse con otros y de reconocerse uno y diverso, de uno y los otros.

23.

Definir si las bibliotecas públicas son prioritarias, imprescindibles o superfluas no es un asunto de interés solo para bibliotecarios. La tarea más relevante, lo verdaderamente importante, lo que nos concierne a todos, sea cual sea nuestra adscripción profesional, es determinar cómo queremos relacionarnos unos con otros.

Las relaciones que se pueden establecer
entre uno y el otro, o entre uno y lo Otro,
o entre el uno y los otros,
o los unos y los otros,
o cómo podemos dialogar
en cualquiera de las múltiples conjugaciones
de uno y otro
con las que me he divertido renglones arriba
para hacer un (nos)otros.

24.

En septiembre de 1931, durante la inauguración de la biblioteca pública de su pueblo natal, Fuente Vaqueros, en Granada, Federico García Lorca leyó (no pronunció, el subrayado es de él) un hermoso discurso que aún hoy solemos citar los bibliotecarios. Me refiero a «Medio pan y un libro»[2].

Con claridad augural, García Lorca señaló que las palabras escritas toman más trabajo que las orales, pero que duran más y permiten llegar a los ausentes.

---

2 Se puede consultar en el blog *Algún día en alguna parte* en el siguiente enlace: https://algundiaenalgunaparte.com/2016/06/09/medio-pan-y-un-libro-de-federico-garcia-lorca/

Justo por eso, casi un siglo después podemos seguir pensando convocados por sus palabras en otros contextos.

25.

Repetir sentencias ¿es darles valor?
Fueron valientes.
Tienen valor, porque desafiaron, pero solo siguen desafiando si invitan a seguir pensando.
Repetir sentencias también puede restarles valor.

26.

La frase antes citada señala que tanto el pan como los libros son imprescindibles, y nos (con)mueve porque todavía hoy
muchos consideran a los libros y la cultura como bienes suntuarios.
Si todos los consideraran imprescindibles
como el pan,
quizá no tendrían valor alguno.
Tal vez esa tensión nunca se resuelva.

O solo se resuelva cuando asumamos una perspectiva horizontal para mirar la historia y al presente, y reconozcamos, por ejemplo, que la poesía, la música, la danza y los relatos fueron, han sido y son actividades

culturales necesarias para los más pobres y marginados,
esclavos y mujeres con hambre.

27.

Es una buena señal que se pueda discutir teniendo en el horizonte la capacidad para que el hambre y la miseria no se perpetúen y probablemente los pobres sean una especie en extinción.

Nuestro tiempo no es sombrío.
El presente es y siempre será un umbral.
El presente es eterno
y siempre escapa.

28.

Si escribo este libro es porque supongo que los libros son útiles, al menos, para animar la conversación, una práctica cultural mucho más antigua que la escritura y la edición de libros. Y más valiosa.

La conversación, una práctica cultural que, de hecho, toda lectura y escritura y, por tanto, toda la vida libresca supone (aunque la conversación no siempre suponga la existencia de libros).

Es probable que tú, que lo estás leyendo,
concuerdes conmigo,

aunque también es posible
que te desconcierte este párrafo,
sobre todo si eres un bibliotecario
que considera que las bibliotecas
son lugares silenciosos,
no espacios para conversar.

En cualquier caso, me temo que la hermosa fórmula de García Lorca solo convence a los convencidos.

Voltea,
asómate a la ventana y es casi seguro que encontrarás
a muchos otros para los cuales
los libros no son importantes.
Lo interesante es que algunos de ellos, hace unos meses,
asistieron a una biblioteca pública,
pese a que no les interesan los libros,
o bien es posible que, por el contrario,
pese a que les interesan los libros,
nunca hayan visitado una biblioteca pública.

Debemos problematizar esa sentencia famosa.

29.

El pan y el libro son dos metáforas.
El pan se refiere al cuerpo, a lo material. Puede ser pan

de trigo, tortilla de maíz o cualquier otro alimento que in-corporemos a través de la in-gesta.
El concepto del libro alude al espíritu. Es una metáfora de la cultura, ese territorio en el que creamos y reconocemos sentido.

La cultura es ese espacio en el que nos encontramos, a lo largo de la historia, todos los seres humanos, incluso los que no conocen ni han conocido, ni conocieron ni conocerán, la palabra escrita.

30.

El valor del pan y del libro, como todos los valores, siempre es relacional. Se da en un contexto. Se expresa en una relación. Se experimenta.

En ciertos contextos, espaciales y temporales,
un billete de cien dólares
puede ser solo un pedazo de papel.
Una moneda de oro, en ciertos contextos,
no vale más que una piedra. Un pan
o una manzana puede
darnos vida y energía,
y en otros funcionar como una piedra.
Si perdemos
el sentido, la alegría de vivir,
10 kilos de pan o un centenar de monedas

carecen de valor.
Lo mismo pasa
con los boletos para entrar a un concierto, un museo,
o con los libros.
Tenerlos o leerlos
puede emocionarnos,
estimular nuestra imaginación,
sentido crítico
o pensamiento…
Pero también pueden
arrullarnos o sernos indiferentes.
Los libros pueden ser basura,
papel para quemar,
o tesoros a los que vale la pena
consagrar la vida,
o simples objetos en los que no tiene
caso invertir un minuto.
Útiles para emparejar
el terreno para dialogar
o las patas de una mesa,
material para calentar una conversación
o una estufa.

31.

«Medio pan y un libro».
Sé perfectamente que para la mayor parte de mis lecto-

res las bibliotecas no pueden existir sin libros. En esos objetos encontramos la más clara expresión del espíritu y la cultura.

A lo largo de este libro intentaré mostrar que a las bibliotecas públicas les concierne también el pan, es decir, el cuerpo.

Más aún, intentaré mostrar, con datos y testimonios,

y desde luego con tu ayuda, cómplice lector,

que las bibliotecas públicas invitan, posibilitan y ponen a dialogar cuerpo y espíritu, lo individual y lo colectivo, lo íntimo, lo privado y lo público.

32.

Este libro está escrito con la convicción de que las bibliotecas públicas valen. De que invertir en ellas puede dar valor a la sociedad.

Pero está escrito, también, con la conciencia de que eso no es evidente, y de que, para mucha gente, las bibliotecas no valen nada. Más ahora que en muchos países, no en todos, están cerradas y no ha pasado nada.

Avizorando la crisis que se avecina, podemos estar seguros de que, más temprano que tarde, se discutirá si valen lo que cuestan.

¿Y qué dirán los bibliotecarios? ¿Que la cultura vale, que cumple con una función social y bla, bla, bla?

33.

Este libro está escrito con la convicción de que los que deben (re)conocer el valor de las bibliotecas son los usuarios. Y de que todos tenemos el derecho a (re) conocer(nos) y ser (re)conocidos.

A los convencidos, y también a los descreídos, les pregunto: además de las bibliotecas públicas, ¿cuántas instituciones pueden propiciar esos derechos universalmente?

34.

Cuando lleguen las preguntas, más de uno lamentará no solo no contar con instrumentos para probar sus aseveraciones ni haber escuchado o preguntado, sino ni siquiera haberse interrogado qué eran, fueron, son y pueden ser esos espacios extraños donde laboran y cualquiera puede entrar para hacer cosas opuestas.

Este libro está escrito para alimentar el diálogo. Para plantear preguntas. Para estimular la observación y la investigación.

Este libro asume que no hay respuestas. Pero invita a ensayar.

Este libro quisiera ser un cuaderno que rayes, subrayes.
No un libro que guardes.
Una ventana para que veas.
Una invitación para que cierres los ojos,
hables y escuches.

35.

Lo que da valor a las bibliotecas no es solamente tener una colección de libros, incluso de excelente calidad, un concepto siempre discutible. Tampoco tener muchas computadoras, internet, películas y espacios agradables. Todo esto puede o no tener valor para los usuarios, si los hay, cosa que no siempre parece importar a todos los que en ellas trabajan, y menos a los que las inauguran.

Tampoco tener un edificio lindo o un personal cualificado.

36.

El valor siempre es relacional, es decir, depende de la relación que un sujeto establezca con un objeto o con otro sujeto. De ahí que lo que da o no valor a una biblioteca sea la capacidad que, en cierto contexto físico

y temporal, tenga ella para acrecentar su capacidad de establecer relaciones que les den valor a esos sujetos que acuden a ella por los más diversos motivos.

37.

Iguales y desiguales.
Únicos y diferentes.
La agenda del combate a la desigualdad (o el reconocimiento a la igualdad) y la que propicia el reconocimiento de la diversidad (y el derecho universal a ser singular y poder cambiar) no son las mismas.

Las dos aluden de manera esencial a la condición del hombre como ser social.

Considerar ambas posiciones es necesario para afrontar los desafíos que enfrentamos en el mundo.
Ese es el presupuesto fundamental de este libro.

38.

Iguales y desiguales.
Únicos y diferentes, desde y en
las bibliotecas públicas.

¿Cuántas instituciones pueden propiciar universalmente el derecho de (re)conocer y ser (re)conocido desde la primera infancia hasta la vejez?

39.

Hace unos días encontré por casualidad un video de Joan-Carles Mèlich, en el que presenta *La sabiduría de lo incierto*[3]. Mèlich comienza su charla diciendo que no sabe leer. Luego explica su provocadora afirmación: «No hay tal cosa como saber leer. Siempre se está aprendiendo a leer». Y precisa que cada vez es mayor la cantidad de desafíos. Leer diferentes textos. Leer en diferentes formatos. Leer no solo textos, también objetos, gestos y contextos. Leer para escribir. Escribir para ser y participar. Y todo en un momento en que reconocemos diversidad de lenguajes para leer y escribir.

40.

No pretendo adivinar el futuro.
Asumo que nos toca construirlo.
No desde cero
ni con libertad absoluta.
Pero siempre libres.
Siempre ejerciendo ese tesoro.

---

3 Se puede ver en el siguiente enlace: https://www.youtube.com/watch?v=Y0Resy99x2w

41.

Era

Cada minuto, si se glosa,
una era es.

Si se glosa,
la versión
es
origen.

Si se glosa,
cualquier cosa es (o puede ser)
fundante.

42.

Una de las singularidades de la biblioteca pública es esa: es la única institución cultural que puede permitir a todos los seres humanos sentirse en casa fuera de su propia casa (si la tienen), desde los primeros días de nacidos hasta su vejez. Y eso posibilita una relación con el tiempo propio y colectivo diferente.

Las bibliotecas no se pueden entender sin tener en consideración el tiempo propio y colectivo. Los procesos colectivos y singulares. (Re)visar y (re)construir la(s) historia(s) individual(es) y colectiva(s), que siempre están escritas. Y siempre pueden ser (re)leídas y (re)escribirse.

43.

Este libro recoge variaciones de temas que he abordado en otros.

En el sentido musical del término, las variaciones son una composición caracterizada por contener un tema que se imita en otros subtemas con un mismo patrón armónico. Cada parte se asocia a otra de la que difiere por los patrones melódicos y el tempo.

44.

En esta temporada en la que los anhelos de progreso se desmoronan, vemos mutaciones de sueños en pesadillas y amaga el retorno de las más horribles, debo reconocer que el género de las variaciones puede resultar chocante para abordar el valor de las bibliotecas públicas.

Un ejercicio sin la contundencia de un concierto o de una sinfonía.

Las variaciones sugieren otra forma de acercarse a la temporalidad, diferente de una perspectiva lineal o cíclica. No sostienen un relato triunfalista, con un principio augural y un final redondo.

Asumen una derrota esencial,

que no hay nada nuevo

ni un final feliz.

Pero también matizan:

lo que se inicia (o inició) dura,

(per)dura, aun cuando se desvanezca.

45.

Las variaciones son
una manera de encarar el tiempo
a partir de un tema singular,
siempre único, siempre diferente.
Muestran una manera
de habitar siendo siempre el mismo,
siempre único y diferente.

46.

El tema es el agua. El agua es vida.

Las variaciones nos muestran un horizonte de libertad en los matices.

En la coda final, resumo lo que en esta liminar insinúo: la compleja relación de las bibliotecas (y la cultura escrita) con el agua, y, por tanto, con la vida.

Primera parte
El presente asediado

Las bibliotecas están insertas en las comunidades.
Pero ¿qué relación establecen con ellas?
¿Las reflejan o las subvierten?
¿Son conservadoras o disruptivas?

Entre el pasmo y la incertidumbre

Es muy osado hablar del presente de las bibliotecas públicas en un momento en el que, en la mayor parte del mundo, estas se encuentran cerradas al público o con un acceso muy restringido[4]. ¿Me remito a lo que eran antes de la emergencia? ¿Hablo de unos edificios públicos que hace unos meses acogían a personas de todas las

4 Soy consciente de que la información que tengo hoy cambiará mientras avanza este libro y seguirá cambiando cuando ya sea de acceso público. Por eso comparto este enlace, que muestra con claridad el compromiso con el que asumen su tarea informativa algunas asociaciones de bibliotecas del orbe entero: https://www.ifla.org/ES/node/92983#cierre

edades, lectores o no, y que ahora están desiertos o con un acceso hiperrestringido?

En muchos países, las limitaciones de acceso a las bibliotecas han sido más rigurosas que las impuestas a otros espacios culturales, educativos o comerciales[5].

Es ciertamente algo muy extraño que, en este mundo globalizado, no haya criterios claros para abrir o cerrar instituciones fundamentales como las escuelas. En una costa del Atlántico están abiertas (en algunos países se señaló que sería lo último que se cerraría), mientras que en la otra fueron lo primero que se cerró.

Pero es revelador que la discrepancia sea menor en cuanto a las restricciones impuestas a las bibliotecas, tal vez porque, en buena medida, en el orbe entero se las conceptualiza como espacios consagrados al resguardo e intercambio de libros, y hoy los libros pueden ser portadores de virus, privilegio que antes les concernía a sus supuestos enemigos, los archivos electrónicos.

Pero, aun si no lo fueran, quizá la demorada reapertura de las bibliotecas se deba a que la que tradicional-

---

5 Una amiga que tuvo la fortuna de poder asistir a una biblioteca en Madrid me comentó que había logrado que le prestaran un libro durante cuatro días. No lo podía llevar a casa. Le permitían consultarlo unas horas y luego lo envolvían en una bolsa de plástico hasta el día siguiente. Después de cuatro días ya no le permitieron usarlo; debía pasar un proceso de desinfección hasta volver a su anaquel.

mente se consideraba su principal función —el acopio y puesta a disposición de conocimiento, cultura e información— hoy se realiza de manera más eficaz a través de internet.

En ese repositorio inconmensurable podemos encontrar (casi) todo en materia bibliográfica. Lo mismo libros antiguos, perfecta y legalmente escaneados, que las novedades editoriales en formato electrónico, legales o en copias pirata. Muchas de ellas nunca llegarán a las librerías que frecuentamos, por múltiples (y comprensibles) razones.

Pero en internet podemos encontrar, además, muchas otras cosas que amplían el universo bibliográfico: videos y gifs, películas profesionales o *amateurs*, música que está grabada en discos que ya (casi) no encontramos en ninguna tienda física, ni en los acervos de las bibliotecas, y música que fue creada expresamente para internet. Además, y sobre todo, una cantidad ingente de información, más o menos verídica, más o menos especializada, más o menos actualizada.

Está claro. Internet ha afectado al mundo de los libros y las bibliotecas, y lo seguirá haciendo. Una primera constatación es la crisis que sufrió un género vinculado con uno de los orígenes de las bibliotecas públicas, las enciclopedias.

Hace solo unas décadas era común ir a una biblioteca a consultar las enciclopedias. Estas eran demasiado caras para estar en los hogares; para consultarlas, había que trasladarse a la biblioteca. Hoy, sin embargo, en no pocas bibliotecas públicas no se sabe qué hacer con ellas. La mayor parte de sus antiguos tesoros han perdido valor y actualidad. Ocupan demasiado espacio y no son consultadas.

De hecho, fueron las enciclopedias las primeras en migrar del papel al ámbito digital. Pese a ello aún subsiste, quién sabe por cuánto tiempo más, el espíritu que animó a Diderot y d'Alembert en su magnífica empresa al crear la *Enciclopedia*: liberar al hombre de la culpable ignorancia a través de una obra colectiva que reuniera todos los saberes humanos.

Ahora puedes acudir a la biblioteca con solo un clic —parecen decir muchos, supuestamente preocupados por ahorrar el dinero público (aunque en realidad solo estén interesados en acrecentar su fortuna privada)—, pero aquí ya no puedes encontrar enciclopedias, pues todas están en internet. ¿Para qué ir a las bibliotecas?

Tienen razón, a menos que seas un genealogista del conocimiento: si quieres consultar una enciclopedia, mejor no te desplaces a una biblioteca. Consulta Wi-

kipedia. Esta plataforma, creada en 2001 por Jimmy Wales y Larry Sanger, ha llevado la propuesta de esos dos geniales franceses a límites que ellos jamás habrían soñado. Una obra actualizada de manera continua en más de 310 idiomas, que a la fecha agrupa más de 55 millones de artículos y es consultada por 1700 millones de visitantes únicos al mes[6].

Lo que con frecuencia se olvida es que Wikipedia requiere para su factura tanto de libros que solo se encuentran en bibliotecas como de redactores que en ella laboran.

Sin embargo, la pandemia ha mostrado que, incluso cuando están cerradas, las mejores bibliotecas públicas del mundo no solo son lugares de resguardo y puesta a disposición de obras recreativas o informativas, sino que son instituciones que responden a otras necesidades de sus usuarios, manifiestas o no, y que no son escasos los bibliotecarios que hacen gala de imaginación y compromiso[7].

---

6 De acuerdo con los datos que ofrece Wikipedia al 28 de junio de 2021: https://en.wikipedia.org/wiki/Wikipedia

7 «Bibliotecas ante una pandemia», de Ramón Salaberria, publicado el 3 de julio de 2020 en la página web de Jardín LAC, disponible en https://www.jardinlac.org/post/bibliotecas-ante-una-pandemia

Ahora con solo un clic puedes ir al trabajo, la escuela, el teatro e incluso a la biblioteca; puedes constatar que no basta con un clic para sentir que estás.

Algo falta.

¿Qué es lo que se ha perdido?

Lo obvio, que literalmente quiere decir «lo que está frente a nuestros ojos», pero que no pocas veces, justo por eso, damos por visto; es obviado, y por eso se hace invisible… hasta que alguien nos llama la atención y de pronto…

Desde hace muchos años, las actividades de los bibliotecarios no están constreñidas forzosamente a funciones de almacenaje, resguardo y puesta a disposición de las obras. Algunos estudiosos señalan que las bibliotecas hoy priorizan fomentar la consulta más que el resguardo. Implícitamente asumen que no es lo mismo leer que estar alfabetizado y que los usuarios no saben cómo localizar lo que buscan, ni pueden definirlo con claridad.

Tienen también muy claro que, en una época que se autonombra «la era de la información», ayudar al público a encontrar información es un servicio esencial.

Este derrotero ha llevado a reinventar su labor. Incluso a crear bibliotecas sin libros. Una suerte de oxímoron, si nos atenemos a la definición tradicional de las bibliotecas.

La primera de la que tuve noticia fue inaugurada el 14 de septiembre de 2013 en el condado de Bexar, Texas. Se llama BiblioTech, curiosa homofonía. No es un sitio virtual. Ellos no dan por cierto que estamos todos conectados.

Ellos saben que, incluso en los países más desarrollados del mundo, decir que todos estamos conectados es un lindo lema que usan políticos y agentes comerciales, pero que en realidad hay millones y millones de personas sin acceso a internet, y que las diferencias entre los accesos son graves no solo por razones tecnológicas (velocidad de navegación, ancho de banda, etc.), sino, sobre todo, por las crecientemente complejas habilidades para navegar en internet y habitar en un mundo digitalizado.

El compromiso con el público de esos bibliotecarios que laboran en bibliotecas sin libros comienza por reconocer que internet no solo no es accesible para todos, incluso si todos tuviesen acceso a internet y dispositivos a su alcance. Y que no poder navegar en la red te puede marginar e imposibilitar para ejercer tus mínimos derechos e, incluso, para cumplir con tus obligaciones.

Para ciertos servicios, sus sucursales están abiertas de lunes a viernes de 9 a 19 horas. Pero brinda también otros servicios 24 horas al día, los 7 días de la semana. Tiene por misión cerrar las brechas de alfabetización y tecnología en San Antonio y sus áreas circundantes.

En su página web, BiblioTech aclara que sus servicios son gratuitos para los residentes de su condado y que tienen una presencia física. Como buena biblioteca pública, se sienten concernidos por la (des)igualdad y procuran (re)conocer a cada quien como alguien diferente[8].

No pocos estudiosos consideran que lo que nació en ese condado del sur de Estados Unidos marcará una tendencia: la desmaterialización.

> La llamada era digital conlleva numerosas transformaciones en todo lo corpóreo, y esto afecta el contenido y el continente de las bibliotecas. A los recintos y a las formas de operación[9].

Siguiendo o abusando de la terminología de Bauman: nuestra civilización a medida se hace primero líquida y luego gaseosa. Es posible constatarlo en diversos frentes. Pero de ahí a señalar que, en el futuro, las bibliotecas no tendrán libros, o que desaparecerán los recintos físicos de las bibliotecas, hay que dar más que un salto.

---

8 Como se puede ver en su página web: https://bexarbibliotech.org/

9 Ingrid Rossi publicó una magnífica nota sobre el tema, «Una biblioteca sin libros», el 8 de diciembre de 2020 en la página web de Jardín LAC, disponible en https://www.jardinlac.org/post/una-biblioteca-sin-libros

Es preciso ejecutar muchas piruetas en un terreno atiborrado de profetas interesados.

Durante la pandemia no han faltado aves que canten elegías o salutaciones. Salieron al estrado demasiado bien entonadas como para que no sospecháramos que tenían ensayados sus argumentos. La epidemia solo abrió el escenario para amplificarlos.

En este escenario actual, y con mayor intensidad en el futuro, la disputa por los recursos será afiebrada.

Lo lamentable es que en la discusión sobre los presupuestos asignados o asignables prevalecerán las creencias previas, pues casi no hay datos, y los datos que serán utilizados, además de provisorios, pueden ser fácilmente manipulados.

No hay datos, pero sí hay experiencias y relatos. Es importante reconocerlo. Es importante ponerlos en discusión en el espacio público y dar la batalla por los recursos, como lo hizo la cantante Fatimah Warner, mejor conocida como Noname, fortaleciendo vínculos, reconociendo afinidades y redes.

Noname pudo haber sido una más, como tantas otras personas que llegan al mundo y desde muy temprano tienen que hallar el modo de ir sobreviviendo. Pero como a tantas (y a la vez a tan pocas) personas le tocó la suerte de asistir a una biblioteca pública y allí encontró opciones para ser. Y, como muy pocas, logró

no solo ser y progresar, sino hacer de su historia personal una apuesta por transformar su contexto. Con textos y canciones. Con acciones y con propuestas.

Noname es su nombre artístico, tal vez porque ella asume que debe hablar de los otros que no tienen nombre para impedir que les roben la posibilidad de tenerlo. Tal vez porque sabe que encontró, en la biblioteca en la que se refugió, voces para hacer de su vida un porvenir creativo.

No la conocía, pero mi hija me habló de ella y de la campaña que Noname organizó durante la pandemia para responder a *Amazon* y para mostrar que no todo está escrito. Y que todo está ligado.

Cito y te comparto el proyecto del que mi hija me habló. Ojalá también te sirva para descubrir que lo que acontece en las bibliotecas tiene que ver con la decisiva cuestión de que el porvenir no está escrito.

> Totalmente organizado y documentado en línea, Library Card Registration Day fue una respuesta a la proliferación de librerías en línea, así como a corporaciones como *Amazon*, que Noname señala que han jugado un papel importante en la reducción del patrocinio en librerías y bibliotecas físicas en todo el país.
>
> «El día de registro de la tarjeta de la biblioteca es básicamente un *F* you* para las grandes corporaciones que han privatizado la forma en que con-

sumimos bienes y servicios», dijo en una entrevista con NPR sobre la iniciativa.

Las investigaciones realizadas en los últimos años han demostrado que las bibliotecas (particularmente en los campus universitarios) experimentan una fuerte disminución de visitantes, mientras que las principales librerías también han visto cómo sus puertas y sus ventanas se cierran.

El año pasado, la Biblioteca Pública de San Diego optó por comenzar a eliminar los cargos por pagos atrasados, al darse cuenta de que muchas personas se mantenían fuera de las bibliotecas debido a estos cargos. Más tarde, un estudio local mostró que casi la mitad de los usuarios de la biblioteca, cuyas cuentas fueron bloqueadas debido a los recargos, venían de dos de los barrios más pobres de la ciudad. La Asociación Estadounidense de Bibliotecas incluso reconoció estas multas como «una forma de inequidad social».

Entonces, en general, las personas no usan (y en muchos casos no pueden) las bibliotecas y acceden a los libros como solían hacerlo en el pasado.

A la urgencia detrás de la iniciativa de Noname se suma el hecho de que muchas de las librerías independientes más pequeñas que están desapareciendo, alguna vez, sirvieron como lugares de reunión para los intelectuales negros y los agentes del cambio en momentos cruciales de la historia. Varias librerías independientes de propiedad de negros se fundaron durante la era de los derechos

civiles, y continuaron en los años setenta y ochenta como un espacio seguro para líderes de pensamiento negros, feministas, activistas *queer* y cualquier otra persona que busque entender, hablar o cambiar la experiencia negra.

Estas librerías fueron tan poderosas y efectivas en su objetivo de unir a los negros que el FBI comenzó a atacarlas en los años sesenta, llamándolas «medios de propaganda para publicaciones revolucionarias y de odio y centros culturales para el extremismo».

Y siendo la hija del dueño de una librería independiente, Noname (n. Fatimah Warner) ha visto de primera mano la importancia de estos espacios y cómo su desaparición ha afectado a la capacidad de los afroamericanos para reunirse y participar. La tienda de su propia madre en Chicago tuvo que cerrar después de veinte años «por culpa de *Amazon*», le dijo a NPR.

En parte, por eso creó Noname Book Club, un espacio para que los jóvenes se acerquen a obras de y para personas de color. Cada mes, el club elige dos libros escritos por autores de color para que los lean sus miembros. También organizan reuniones presenciales gratuitas para discutir la elección del mes «en un entorno seguro y de apoyo».

Pero no se trata solo de ir físicamente a la biblioteca o incluso de cómo conseguimos los libros. Como parte de la convocatoria, Noname también instó a los seguidores a cortar los lazos

con *Amazon* por completo, incluida la cancelación de sus suscripciones.

«Han creado un modelo de consumidor que es extremadamente adictivo y poco compasivo. No pensamos en los trabajadores mal pagados y explotados. Solo queremos nuestro pedido al día siguiente», escribió la rapera en una publicación de *Twitter*.

En los últimos años, mucho se ha hablado de las condiciones laborales en las instalaciones de *Amazon*, llenas de trabajadores de comunidades de color. Muchos creen que la velocidad vertiginosa del servicio de *Amazon* (y la subsiguiente expansión global masiva de la compañía) ha tenido un gran costo humano, y en almacenes han aumentado también vertiginosamente los accidentes laborales.

Un informe de 2018 de The Atlantic y el Center for Investigative Reporting encontró los registros de lesiones laborales en 23 de las instalaciones de cumplimiento de *Amazon* en Estados Unidos. Ese informe reveló que la tasa de lesiones graves en *Amazon* era más del doble del promedio nacional para la industria del almacenamiento. *Amazon* tuvo 9,6 lesiones graves por cada 100 trabajadores a tiempo completo ese año, en comparación con un promedio de la industria de 4. Y, como es el segundo empleador privado más grande del país, esas cifras no solo son sombrías, son horribles.

Movimientos como el Día de Registro de Car-

nets de Biblioteca destacan el papel que podemos desempeñar como consumidores en el cambio de esa cultura, al tiempo que promueven la importancia de apoyar a las empresas e instituciones locales que fomentan la participación.

El movimiento de Noname para apoyar a las bibliotecas y librerías locales es crucial porque vive en la intersección de una serie de temas que afectan a las comunidades más vulnerables: acceso, consumo y derechos de los trabajadores. #FuckAmazonDay desafió a muchas personas a pensar de manera diferente no solo sobre lo que consumimos, sino también sobre cómo lo hacemos y, en última instancia, quién está asumiendo el costo de nuestro «avance social».

Y, en muchos sentidos, iniciativas como el Día de Registro de la Tarjeta de la Biblioteca y el Club del Libro de Noname son vitales para la supervivencia de los espacios intelectuales negros. Ayudan a dar nueva vida a los textos que se comparten, creando un espacio seguro para que los negros experimenten esas obras rodeados de otros como ellos.

La singular apertura de esos lugares consagrados al saber sobre los que sabemos muy poco

Saludo y valoro los esfuerzos de esta cantante, pero, al mismo tiempo, debo reconocer que las bibliotecas públicas y otras instituciones que asociamos al saber y vinculamos con el conocimiento, como las propias escuelas, son en buena medida lugares desconocidos.

Lugares que definimos por lo que deberían ser, aunque cotidianamente percibamos que son, además, algo diferente. ¿Cómo definirlas para conciliar las ideas con las vivencias? No resulta sencillo.

Las bibliotecas son espacios paradójicos: lugares para desconectarse, para apartarse de distracciones, pero son también sitios para distraerse, dejarse estar, dejar de estar y para poder estar.

Esas paradojas son (o fueron) vivencias cotidianas. Y es que, si algo caracteriza a las mejores bibliotecas públicas, es la facilidad con la que se pueden conjugar de manera personal, sin por ello alterar la definición que haga otro usuario. Para unos son espacios para trabajar. Para otros, para descansar. Para unos son espacios para (en)soñar, para otros son espacios para despertar o saciar la sed de conocer.

Por lo demás, un mismo usuario puede vivirlas de una manera y, un rato o una visita más tarde, hacerlo de una manera diferente o, incluso, opuesta.

La discusión no solo atañe a los bibliotecarios. Nos atañe esencialmente a todos porque concierne a información, saberes y (re)conocimientos. A la vida pública y a la privada. Y a la posibilidad de transformarse a partir del (re)conocimiento.

Concierne lo mismo al hacer que al pensar. Al ejercicio del poder, sobre uno y sobre los otros.

Si les hubiéramos solicitado a diferentes profesionales de todo el orbe que respondieran, los sociólogos seguramente las habrían clasificado en el rubro «tercer espacio»: ese que difiere del primero, que es la casa, y del segundo, que es el trabajo.

«Terceros», es decir, lugares más o menos neutrales, lugares públicos, donde la gente puede reunirse e interactuar. En los que uno puede interactuar, como los cafés, los *pubs*, a los que, por cierto, mucha gente también acude o acudía a leer y a escribir.

«Tercer espacio» es un concepto creado por Ray Oldenburg, un sociólogo norteamericano. Él nunca lo pensó expresamente para las bibliotecas. Pero no pocos bibliotecarios se lo han apropiado. Algunos incluso piensan que, si bien las bibliotecas públicas no lo eran, lo serán cada vez más en el futuro, en la medida en que los cafés y otros espacios que Oldenburg consideró para su modelo han dejado de ser espacios informales para la conversación y la educación, al tiempo que muchas

bibliotecas públicas han flexibilizado sus reglamentos internos y formas de operación[10].

Alguna vez conversé con Ramón Salaberria sobre ese
extraño atavismo que todavía hace unos meses figuraba
en el reglamento de las bibliotecas públicas, que
prestaban libros a domicilio:
no comer ni beber en ellas.
¿Por qué no se permite?
¿Por proteger los libros?
¿Suponen que los lectores en sus casas no leerán el libro
prestado sobre la mesa del desayuno?
Aclaro que no abogo por convertir a las bibliotecas en
comedores, menos aún en ruidosos *pubs*.
La pregunta me parece importante por sí misma.
Cada uno hallará su respuesta, provisoria.

La perspectiva de Oldenburg nos puede ser útil a los bibliotecarios públicos.

Cito en extenso una forma de apropiación de su teoría por y para diseñadores, que son creadores de espacios

10 Una excelente presentación del tema se encuentra en «Bibliotecas, tercer lugar», de Mathilde Servet, publicado en español el 23 de mayo de 2012 en el blog *Bibliotecas 2029*, disponible en https://bibliotecas2029.wordpress.com/2012/05/23/tercer-lugar/

y, por tanto, excelentes interlocutores para los bibliotecarios públicos:

> Ray Oldenburg ha identificado 10 funciones importantes de los espacios bien diseñados. A medida que cada vez más entornos de trabajo incluyen lo que se podría denominar terceros espacios internos (cafeterías en las propias instalaciones, barras donde tomarse un café o un zumo y otros lugares donde reunirse), nos preguntamos: ¿ofrecen estos espacios las mismas funciones que los terceros espacios externos? Hemos marcado con un asterisco los que creemos que sí lo logran.
>
> 1. Promoción de la democracia. Tal y como dijo John Dewey una vez: «El corazón y la garantía definitiva de la democracia reside en las reuniones libres de vecinos en las esquinas de las calles para discutir tanto como deseen y conversar libremente».
>
> 2*. Unidad del vecindario. Los lugares de reunión locales permiten a las personas del vecindario conocerse. Así se crean lazos. Las personas aprenden con quién se puede contar y para qué. Asimismo, se elimina la desconfianza hacia los vecinos.
>
> 3*. Múltiples amistades. La única manera de tener muchos amigos y verlos a menudo consiste en disponer de un lugar neutral y cercano donde reunirse. Mientras más amigos tienen las personas, más viven.

4. Tónico espiritual. Las culturas de la *joie de vivre* o la *dolce vita* nacieron gracias a frecuentes encuentros sociales en lugares públicos. Son fáciles de identificar por la abundancia de cafeterías en las aceras de sus ciudades.

5. Punto de encuentro. Cuando el huracán Andrew llegó a Florida, muchas personas que querían ayudar no sabían a dónde acudir, ya que no había lugares de reunión en los vecindarios. Cuando se produce un desastre, la ayuda no oficial llega mucho antes que la oficial y a menudo es más importante. En este sentido, los terceros espacios permiten a las personas ayudarse las unas a las otras.

6*. Generación de capital social. Personas con diversas aptitudes e intereses llegan a conocerse y a confiar entre sí. Esto tiene un efecto positivo en la economía. En el Lejano Oeste, las regiones en las que no estaban prohibidas las tabernas disfrutaban de una economía más fuerte que las regiones en las que no estaban permitidas.

7. Menor costo de la vida. Los terceros espacios reúnen generalmente a personas de distintas ocupaciones, talentos y aptitudes. Si una persona necesita ayuda, es uno de los primeros temas que se trata y si uno o varios miembros del grupo pueden asesorar a esa persona, ayudarla o prestarle alguna herramienta, lo harán. La mayoría de las personas que uno conoce en un tercer espacio pueden cla-

sificarse como «conocidos» y en gran modo suelen ser más útiles que los amigos íntimos a la hora, por ejemplo, de encontrar un trabajo.

8. Jubilación mejorada. La necesidad de «salir de casa» tras la jubilación puede satisfacerse a diario si cerca de la casa hay un tercer espacio.

9*. Desarrollo de los individuos. La zona en la que se encuentre el hogar de uno y la naturaleza del espacio de trabajo nos mantiene en contacto frecuentemente con personas similares a nosotros. Los terceros espacios reúnen a personas de diferentes ocupaciones, procedencias, situaciones socioeconómicas y puntos de vista. Gracias a estas personas aprendemos cómo es el mundo en el que vivimos y cómo desenvolvernos mejor en él.

10*. Foro intelectual. En estos espacios se habla sobre los problemas del día y otros asuntos de manera regular e informal, pero no caótica. Los participantes aprenden a pensar bien lo que quieren decir antes de que llegue su turno y las opiniones poco meditadas por lo general son reprobadas[11].

¿Son efectivamente las bibliotecas un tercer espacio? Tal vez. Pero no hay que olvidar que algunos de sus asiduos que

---

11 Tomado de «Preguntas y respuestas con Ray Oldenburg», entrevista realizada para *Steelcase*, disponible en https://www.steelcase.com/na-es/investigacion/articulos/temas/entrevistas-a-disenadores/preguntas-y-respuestas-con-ray-oldenburg/

las frecuentaban no tenían el primer espacio: una casa, y que muchos más tampoco el segundo: un lugar para trabajar o estudiar.

Sí, las bibliotecas eran espacios muy frecuentados por desempleados o jubilados, y han sido, en todo el mundo, lugares de refugio para los sin hogar, los indigentes, los *homeless*. Las bibliotecas eran hogares para los que no tienen hogar.

Desde el día que asumí la dirección de la Biblioteca
Vasconcelos, hablar con ellos, verlos participar en las
diferentes actividades, descubrirlos,
fue para mí un aliciente.
Hace unos días, Carola Diez me comentó que se
encontró a las puertas de un teatro clausurado a
Rubén, uno de los usuarios más entrañables de la
Biblioteca Vasconcelos.
Rubén era el usuario que mejor conocía el acervo.
De tanto en tanto me advertía de faltas graves en la
colección. Lo vi discutir con artistas y conferencistas.
«Yo vivía ahí», le dijo a Carola.
Quise ir a buscarlo para charlar con él,
pero en ese teatro clausurado
ya se las habían ingeniado para impedir el
acceso a la puerta donde dormía.

Las bibliotecas, ¿tercer espacio? Tal vez.

Pero no hay que olvidar que las bibliotecas también son los espacios para jóvenes para los que el primero, el segundo y el tercer espacio son espacios por conquistar o inventar.

En Colombia se solía nombrar a los sin hogar con el término *desechables*, el mismo que se suele usar para aludir a envases que se usan y tiran.
Curiosa paradoja: los lugares que están destinados a conservar el conocimiento y propiciar su difusión y recreación son espacios que frecuentan los *desechables,* hogares para los sin hogar.
Espacios para leer no solo los textos, sino los contextos.

Las bibliotecas, ¿tercer espacio? Tal vez.

Pero es preciso también recordar que aún hoy, durante la pandemia, pero desde hace muchos años, las bibliotecas son también espacios no presenciales.

¿Virtuales?
No. O no solo.
Simplemente espacios no presenciales.
O, más correctamente, lugares en los que se experimenta lo virtual,

aquello que (uno) puede (o no ser.
La biblioteca te permite procesar esa oportunidad.
¿Virtuales?
Sí.
Lugares donde ensayar lo que virtualmente
uno puede ser.
Para vislumbrar otras realidades posibles.
Para ensanchar horizontes.
Para (des)conocerse.

¿Virtual o real? Lo posible, lo deseable ¿y lo imposible?

Le puede pasar a cualquiera. Les ha pasado a unos cuantos. De manera imprevisible, todo el andamiaje que sostiene una vida que va por una vía se fractura. Entonces la vida íntima (la pareja) y la pública (el trabajo o las posibilidades de encontrarlo) se trastornan. Las crisis de ambas hacen de una persona un despojo. Tal vez no lo sea. Tal vez solo así se ve cuando se mira en el espejo, si es que lo encuentra.

Le puede pasar a cualquiera, pero le pasó a Bernardo, cuyo testimonio evoco. Le puede pasar a cualquiera, pero, al menos en nuestros países, muy pocos pueden entrar en un recinto en el que de pronto uno encuentra no solo acervos y computadoras, sino cosas más simples y necesarias como un

lugar en el que poder dejar sus pertenencias para pensar en algo más que cómo cuidar lo poco que le queda. Y espejos para verse, y ventanas para avizorar(se).

Le puede pasar a cualquiera, hombre o mujer. Y les pasa a much@s. Sentir que la lectura les aburre, que no tienen capacidad. Pero le pasó a Teresa, una mujer morena, de grandes ojos cafés y pocas canas, a pesar de sus 70 años. Un día, al leer en voz alta, las palabras de otros resuenan en su cuerpo y una ventana se abre para reescribir no su vida, sino ese cuaderno de ensayos que es el diario acontecer.

Le puede pasar a cualquiera, ir en una motocicleta o en un auto o un autobús y tener un accidente y perder la vista y sentir que con ello se te cierra algo más que los ojos: el horizonte. Pero le pasó a Marco, quien tuvo la fortuna de entrar a una biblioteca pública justo después de quedarse ciego, y a partir de ese encuentro fortuito pudo continuar sus estudios abandonados y presentarse como músico.

Los testimonios que escuchamos y comparto evidencian que las bibliotecas públicas son espacios en los que se puede (con)jugar el tiempo propio y colectivo de otra manera[12].

---

12 Investigaciones Vasconcelos (2018) «Testimonio: La cosa más natural del mundo». [Publicación electrónica] *Datos, retratos y relatos*. Recuperado de https://www.ventanavasconcelos.com/single-post/2018/07/04/testimonio-la-cosa-más-natural-del-mundo

Demuestran que son o, más correctamente, pueden ser, espacios para cuestionar lo real como algo dado y despertar lo virtual encerrado en cada ser singular. Esas bibliotecas resguardan y prestan libros y otros objetos culturales. Pero también dan resguardo. Prestan seguridad. Dan confianza y esperanza.

Todas esas cosas que parecen inmateriales se sostienen en acervos (y modos de presentación), pero también en otras dotaciones: más o menos tecnológicas (computadoras, cámaras, laboratorios, pianos e instrumentos musicales), sillones en los que uno puede sentarse a no hacer nada o dormitar, o espacios para conversar: aulas o salones, para bailar, cantar o discutir, pizarras y espejos, jardines que no solo ornamentan: están y son parte del servicio que brindan en zonas en las que no hay vegetación: ser lugares vivos. También en servicios que no forzosamente están catalogados como servicios bibliotecarios y rara vez se ofertan en las carreras de bibliotecología.

Esas bibliotecas sorprenden a los usuarios: ellos iban a recibir y, de pronto, se encuentran dando. Ellos iban a adquirir conocimientos y, de pronto, descubren que saben y que sus saberes valen.

Todo eso estaba en ellos, pero, al entrar una y otra vez en la biblioteca, lo virtual se hizo real y la realidad se expandió y se tornó en una dimensión desconocida.

No se trata de un sueño o una postura ideológica. Hablo de datos, y relatos. O, si se quiere, de investigaciones cuantitativas y cualitativas, precarias, incipientes, realizadas por un grupo de aprendices que, entre otras cosas, descubrieron que las bibliotecas son sitios sorprendentes, incluso, y sobre todo, para los que en ellas laboran y creen que las conocen.

La revisión de los supuestos: introducción a las genealogías

Autoridades, especialistas, usuarios y beneficiarios del mundo entero hemos llamado bibliotecas a instituciones muy diferentes. Pero prevalece la coincidencia (casi) universal de que las bibliotecas son lugares que propician, ponen a resguardo y difunden conocimiento.

En una entrevista, Emilio Lledó habla acerca de la importancia de las bibliotecas como fundamento de la vida intelectual y, particularmente, de la vida de las universidades, las instituciones consagradas al saber.

Este filósofo español estudió en Heidelberg, Alemania, en el año 1952. En esa pequeña ciudad de 150 000 habitantes había una biblioteca que contaba con casi tres millones de volúmenes. Ahí pudo constatar la diferente importancia que tenían las bibliotecas en Alemania y en España, en el corazón de sus respectivos sistemas educa-

tivos. Eso le dio pie para colegir lo que acontecía en las bibliotecas públicas.

Para él, si los intelectuales, escritores y universitarios españoles no parecían estar muy preocupados por la falta de presupuesto para las bibliotecas públicas, se debía en parte a que la educación se había convertido en una máquina para producir exámenes. Para pasar exámenes no era necesario leer libros: bastaba con tener apuntes. Sobre estos apuntes los maestros daban clases.

Por el contrario, en Heidelberg los maestros no daban clases. Cada maestro hablaba de lo que estaba investigando. Contagiaba el deseo de saber, no lo transmitía[13].

Aunque la entrevista fue realizada en 1994, Lledó parece plantear dilemas de hoy. Lo sugerente es que nos incita a pensar que la importancia o no de las bibliotecas, incluso en el interior del sistema educativo, tiene relación con propiciar la autonomía y la diversidad. Pero también muestra algo importante en relación con la agenda de la igualdad. Cada maestro enseña mostrándose. Enseña literalmente, es decir, muestra lo que está haciendo. Se asume diferente, pero, en muchos senti-

---

13 Véase la entrevista a Emilio Lledó en la revista *Educación y Biblioteca*, 50, disponible en https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/112815/EB06_N050_P8-13.pdf?sequence=1&isAllowed=y

dos, considera al otro como igual. El otro no lo imita, se anima a hacer lo propio.

Sería muy interesante vincular el modelo de desarrollo de las bibliotecas con los índices de desigualdad y los instrumentos con los que se la combate.
Incluso solo dentro del campo educativo.

¿Qué quiere decir efectivamente educación pública en un país en el que todos los niños están obligados a pasar toda la jornada en la escuela y, por tanto, tienen garantizado un alimento igual?
Y ¿qué quiere decir en otros donde la jornada escolar es de tres o cuatro horas, y eso afecta, por ejemplo, la jornada laboral de alguno de los adultos responsables?
Preguntas así inciden de múltiples formas en la cotidianidad de las bibliotecas y su valor social.

Hace veinticinco años, la educación en algunos países se fundamentaba en los apuntes; ahora sería el *cut and paste*, cortar y pegar. El fundamento es el mismo y está emparentado con concepciones profundamente arraigadas en la educación.

Los supuestos siempre son más importantes que los presupuestos.

Los supuestos se discuten aún menos que los presupuestos.

Al llegar a este punto, debo nombrar a Joseph Jacotot, un maestro que por azar descubrió que podía enseñar algo que no sabía. Que su presencia era necesaria, pero no para transmitir. Que la igualdad era algo de lo que había que partir, no algo que había que conquistar. Que nada había como reconocer saberes, alimentar la curiosidad, demostrar valor. Valorar la singularidad de cada quien y, por tanto, la diversidad. Conformar una comunidad educativa donde todos aprenden y enseñan.

Sí, una institución educativa que, más que (o además de) conservar y poner a disposición el conocimiento, reconoce que todos saben y pueden enseñar, y que el conocimiento siempre estará por venir.

A mi manera yo lo emulo: escribo sobre lo que desconozco.

Por eso cito una reseña de él no a pie de página, sino en un parágrafo diferente:

https://carlosmagro.wordpress.com/2015/01/13/el-maestro-ignorante-el-que-quiere-puede/

Si lo tienes, toca levantarse, y leerlo.
O acudir a una biblioteca o una librería
y buscarlo, y leerlo.
Luego, tal vez en unas semanas o meses, regreses.
Yo estaré aquí.

Pero este asunto se manifiesta también de otras maneras. Y tiene sus genealogías.

Hay tradiciones bibliotecarias que tienen su origen en sociedades de iguales: por ejemplo, las bibliotecas anglosajonas o catalanas, o las anarquistas en Argentina, por citar algunas geografías. Bibliotecas que fueron creadas entre pares, con el patrocinio y la participación de todos. Bibliotecas que fueron animadas por el deseo de compartir lecturas y participar de discusiones.

Lo interesante es que el espíritu de la igualdad prevalezca, aunque el contexto de la cofradía se haya extendido. Eso es lo que acontece en numerosas ciudades de Estados Unidos.

Las bibliotecas ya no son clubes de blancos masculinos y supercultos; ahora pueden ser bibliotecari@s negr@s o latin@s, con la identidad sexual o cultural que ell@s elijan. Lo importante es que prevalezca en ellas no solo la voluntad de tratar al usuario como un par, sino de reconocer sus derechos a la hora de escoger y seleccionar los acervos, por ejemplo. En muchas de ellas se

mantiene una voluntad de generar discusiones y conversaciones a partir de las lecturas. Esas bibliotecas se caracterizan por la diversidad de sus acervos y por la facilidad que se les brinda a los bibliotecarios de responder a las demandas de sus usuarios.

Son bibliotecas que promueven la autonomía de manera integral: los bibliotecarios toman decisiones y brindan apoyo para que los usuarios estén en condiciones de hacerlo.

Pero, como pertenecen a un sistema, también promueven la colaboración.

Autonomía y colaboración no rivalizan. Por ejemplo, cada una de las bibliotecas tiene acervos diferentes, pero cuando un usuario de una requiere de una obra que no está en la biblioteca más cercana a su domicilio, se puede trasladar de una biblioteca a la otra. Así el uso de los recursos se optimiza.

Hay otras tradiciones en las que la semilla inicial o germinal proviene de la expropiación de acervos de los bienes eclesiales y su puesta a disposición del público. Son tradiciones en las que la función de la biblioteca pública es educar, redimir de la ignorancia. Y en ellas se inscriben muchas redes nacionales de bibliotecas en Latinoamérica. La igualdad es un deseo siempre poster-

gado. Solo seremos iguales cuando hablemos la misma lengua, la lengua de los libros, la lengua sancionada por la academia. No la de la calle o la vereda empolvada. Mucho menos la lengua oral que, en no pocos casos, se trataba de un idioma (no un dialecto) diferente del castellano.

En esas tradiciones, aun cuando todos supuestamente hablasen el mismo idioma, los acervos los deciden doctos. Los libros del canon.

No sé a ti, pero a mí, en este contexto,
la palabra canon,
que tanto me gusta
cuando la asocio a la forma musical,
me remite a otros cánones.

Los que todos debimos haber leído (quién sabe
cuándo) para poder participar en las doctas discusiones
que definen lo que es bueno
y lo que es malo para que los otros lean.

¿Quién sabe cuándo, quién sabe cómo?
Esas son preguntas que nadie se hace y que conviene
hacerse para entender y reconocer o potenciar el valor
de las bibliotecas como espacios singulares.

En esos sistemas los bibliotecarios son un instrumento.
Su opinión no cuenta.
Las decisiones fundamentales se toman centralmente.
Las diferencias son un problema por resolver,
no una oportunidad para explorar
diversas maneras de hacer una comunidad,
para enriquecer con la diversidad
un nosotros por venir y ya presente.

Problemas por resolver que nunca se resuelven,
porque no se parte de una igualdad inicial.
Porque se prioriza el supuesto combate a la
desigualdad.

En esos sistemas los informes suelen ser idénticos a los
programas: bibliotecas abiertas.
Libros dotados. Usuarios credencializados.

Datos y más datos. No relatos.
¿Quién sabe cuándo y cómo se podrían elaborar,
discutir y analizar?
Y si no se discuten y analizan, ¿para qué recabarlos?

No es el objeto de este libro explorar esas historias que, en buena medida, están por escribirse en el doble sentido de la expresión: aún debemos investigar y discutir

la historia de las bibliotecas; y también la historia de las bibliotecas no está cerrada, hay un futuro que los bibliotecarios y los usuarios deberemos crear.

Este libro pretende que esos dos sentidos se complementan y te competan.

Tampoco quisiera dar la impresión de que la geografía determina. En muchos países coexisten, de manera más o menos pacífica o conflictiva, tradiciones opuestas. Pero me interesa dejar asentado que algo de la actualidad de las bibliotecas está arraigado en sus orígenes. Los orígenes originan, pero ¿se pueden transformar las tradiciones que nos dieron origen?

A lo largo de los cinco años y cincuenta semanas en que fui director de la Biblioteca Vasconcelos eso creí.

Cuando asumí la dirección de la Biblioteca Vasconcelos me propuse expresamente establecer un contrapunto con la historia bibliotecaria de México, pero, sobre todo, con la forma en la que en mi país se ha vinculado la agenda ciudadana con la agenda del libro y la lectura. Sé que puede ser paradójico o descortés, pero de cierta forma lo que hicimos (pues uno nunca está solo cuando le toca dirigir una institución) es un diálogo crítico con José Vasconcelos.

Ese hombre singular, de imponente presencia y un temperamento apasionado, tuvo una vida plena de con-

trastes. Después de la Revolución mexicana, en la década de los veinte, creó instituciones educativas y culturales fundamentales para la consolidación del Estado nacional: fue rector de la Universidad Nacional, una institución que usó para, desde ahí, incentivar la más ambiciosa campaña para extender el programa educativo a cargo del estado. La universidad, dijo una y otra vez, no puede consagrarse únicamente a los universitarios y sus investigaciones. La universidad debe atender las necesidades educativas del Pueblo (uso deliberadamente la mayúscula, esa P que hace que el Pueblo sea un ente platónico y no un conjunto de retratos y sus relatos). Resultó claro que la Universidad Nacional le quedó chica y la utilizó para crear la Secretaría de Educación Pública, una institución consagrada a transformar de raíz este país. Por comenzar, para instaurar una nueva manera de construirlo, ya no con las armas, sino con la palabra y las ideas. Algo que sin duda debemos alabar.

Esa institución debía estar sostenida en tres patas: la escuela, las artes y las bibliotecas.

Vasconcelos era ciertamente muy ambicioso, no solo por lo que se proponía, sino porque ninguna de las instituciones que creó u ocupó le resultó suficiente. Él quiso ser presidente y esa jugada, la decisiva, no le salió. Entonces su vida se amargó.

Terminó su vida en 1959, como director de la Biblioteca de México, que él deseaba que fuera la semilla de una

red que durante toda su vida anheló.

Murió después de haber militado abiertamente en favor de los nazis. A pesar de ello, es venerado en México con una pasión rayana en la devoción. Decenas de las 7500 bibliotecas que componen la Red Nacional de Bibliotecas Públicas llevan su nombre, en diversos estados de la República.

Los discursos laudatorios que aún hoy se escuchan se concentran en su labor frenética en el campo de la cultura y la educación realizada durante menos de cinco años, cuando estaba acabando el periodo armado de la Revolución mexicana. Claude Fell los llamó «Los años del águila» en una biografía que se concentra en ese corto tiempo que ha dejado huella en el imaginario, no solo mexicano. Desde la guerra contra el analfabetismo, digo guerra, pues así se planteó, hasta la publicación de su legendaria colección de *clásicos*.

En ese entonces México era un país fundamentalmente analfabeto. Había estado sumido en una guerra sanguinaria para alcanzar democracia y justicia. Esa guerra provocó la muerte de más de un millón de personas. Era necesario dejar a un lado la destrucción. Constituir un estado.

Vasconcelos fue uno de los principales protagonistas de ese proceso. Como señalé, para él resultaba evidente que las bibliotecas públicas debían ser un motor para el desarrollo nacional. Había vivido una parte de su infancia en Estados

Unidos y luego, de adulto, estuvo exiliado ahí en diversas ocasiones. Conocía las bibliotecas públicas americanas. Las usó y gozó. Estaba convencido de su importancia. Quiso crear una red similar en México.

Pero, como tantas veces ha sucedido en mi país, lo hizo por decreto, imitando solo las formas, sin atender a lo esencial: su vinculación orgánica con sus comunidades. Y sin tener paciencia, que a veces se traduce en aceptar dialogar con lo contingente, con lo que puede acontecer y nos separa de lo imaginado. Lo hizo creando e inaugurando con pasión febril no decenas, sino centenares de bibliotecas. Enrique Krauze, al evocarlo, recuerda que de «las 70 bibliotecas que tenía México en 1920, 39 de ellas públicas, Vasconcelos aumentó esa cifra a 1916 bibliotecas divididas en cinco tipos: públicas, obreras, escolares, diversas y circulantes»[14]. ¿Cuántas de ellas prosperaron y aún perduran?

Resumo de una manera quizá simplificadora: las bibliotecas americanas habían nacido de una conversación entre iguales. Aunque en su origen atendían solo a un

---

14 Véase la ponencia «El concepto de educación de José Vasconcelos», como parte del ciclo *Cultura y Revolución* de El Colegio Nacional, impartida el 10 de mayo de 2021, disponible en https://colnal.mx/noticias/vasconcelos-considero-que-el-mejor-modo-de-que-la-universidad-sirviera-al-pueblo-era-hacer-de-mexico-un-pais-de-lectores-enrique-krauze/

sector privilegiado, provenían de la conversación entre pares, que pretendían ampliar sus posibilidades de conversar. Luego, cuando asumieron su condición de públicas, abrieron sus puertas a otros: mujeres, niños, grupos culturales minoritarios, pero la impronta de la paridad quedó grabada.

Las bibliotecas mexicanas provenían de un impulso diferente. Más que de conversar entre pares, se trataba de convertir al otro, de civilizarlo. Redimirlo de la ignorancia y la barbarie. Ese fue el espíritu de quienes iniciaron la construcción del moderno estado mexicano desde el poder central. Un impulso muy decidido, que consiguió logros importantes. Por ejemplo, transformaron un país en el que solo el 17 % de la población estaba alfabetizada a principios del siglo XX y que hoy está casi completamente alfabetizado… Hicieron de un país en el que prácticamente no había bibliotecas públicas, uno en el que hay una red de 7500.

Pero si en las cifras México puede presumir de sus logros, no lo puede hacer desde una perspectiva cualitativa integral, ni en términos educativos, ni en el terreno bibliotecario. Por ejemplo, hoy México tiene un número de bibliotecas por habitante similar al de Estados Unidos, pero ahí las bibliotecas tienen importancia para toda la población, y aquí (casi todas) son espacios sin resonancia alguna en la vida de las personas. Nacen, cre-

cen y mueren por los designios del gobierno de turno.

¿Será que no se puede romper con ese destino?

El presente es eterno.
Siempre es distinto. Siempre es nuevo.
Siempre desafiante.

Las bibliotecas públicas son como los campos. No basta con tener un terreno y sembrar semillas, hay que cuidarlas: abonar el terreno donde moran, permitir que, bajo el suelo, un tejido biodiverso se extienda y las nutra. No todo en ella es visible. Acaso solo lo menos importante.

Otra vuelta de tuerca a las genealogías hoy, ¿un viaje al pasado o una invitación a reinventar el porvenir?

Como he señalado, autoridades, especialistas, usuarios y beneficiarios del mundo entero hemos llamado bibliotecas a instituciones muy diferentes. Incluso opuestas. Sumergirse en la historia y revisar diversas maneras del desarrollo de los distintos sistemas bibliotecarios puede ser una actividad estimulante. Además de las que he esbozado, otra perspectiva para comprender la diversidad de las bibliotecas en el presen-

te puede ser la manera en que instituciones así llamadas se consagran al espíritu y otras lo hacen dialogar con el cuerpo.

Los especialistas suelen asociar el nacimiento de las bibliotecas a Mesopotamia[15]. El territorio donde se inventó la escritura. Tablillas de arcilla vinculadas a la preservación y la conservación. Lugares de resguardo. Se propagaron por el Mediterráneo y…

Evito el recuento pormenorizado tanto de la construcción de recintos y creación de instituciones como el de sus destrucciones. Ambos relatos son fascinantes. Como en tantas cosas, la diversidad de opciones que se ensayaron en la Grecia antigua es un enorme surtidor[16]. Lo evito porque en

---

15 Al interesado le recomiendo la lectura de «La escritura y la formación de la inteligencia en la antigua Mesopotamia» de Jean Bottéro, en *Cultura*, *pensamiento, escritura* de Jean Bottéro y otros. Barcelona: Gedisa, Col. LEA, 1995.

16 Pero si alguien quiere sumergirse en la fascinante historia de las instituciones consagradas al conocimiento y ver la diversidad de maneras en que estas resolvieron las tensiones entre lo público y lo privado, el cuerpo y el espíritu, la ciencia y las artes, por ejemplo, le recomiendo la lectura atenta de «Los espacios del saber y del pensamiento en el mundo griego» de Pilar León Alonso, en el *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 36, de 2008, disponible en https://core.ac.uk/download/pdf/187420793.pdf. Su repaso erudito y ameno nos muestra cómo la investigación histórica y la perspectiva genealógica es una fuente formidable para repensar el futuro de las instituciones: acercarse al origen y estar atento al cambiante presente puede ser muy fecundo.

este libro solo quiero acercarme a la historia para reinventar el porvenir. Por eso quiero detenerme en Alejandría, que ocupa un lugar especial tanto en la historia de las bibliotecas como en la de su destrucción.

Al evocar la Biblioteca de Alejandría, acaso la más afamada de la Antigüedad, se olvida a menudo que ese riquísimo recinto era solo una parte, ni siquiera la más relevante, del *Museion*, un vasto edificio dedicado a las nueve musas: a Calíope, la musa de la elocuencia y la belleza; a Urania, la de las ciencias exactas y la astronomía. A Euterpe, la musa de la música; a Terpsícore, la de la danza. A Clío, la musa de la historia que debía mantener vivos los actos generosos y valientes; a Erato, Melpómene, Polimnia y Talía. Es decir, lo que hoy llamaríamos un espacio interdisciplinario, en el que ciencias sociales y exactas dialogan con las artes y vinculan al cuerpo y el espíritu, el pasado con el presente, lo fugaz y lo eterno, o su anhelo.

En el *Museion* se daban cita poetas y científicos, estudiantes y artistas, los decanos y los principiantes. Además de un lugar de resguardo, era la cocina del conocimiento. Un espacio vivo, con sitios para departir, un observatorio astronómico, un jardín botánico y un zoológico, laboratorios para investigar, incluso anatomía. También alojaba a algunos creadores.

Desgraciadamente no contamos con mucha información sobre esa abigarrada vida. ¿Estaba más próxima a una bulliciosa ciudad universitaria que a una de esas modernas bibliotecas en las que departen artistas con científicos, danzan niños y jóvenes diseñan videojuegos? No lo sé. Pero me queda claro que era un lugar para experimentar en los dos sentidos, hacer experimentos y tener experiencias. En los que se construía conocimiento, pero también se disfrutaba de la compañía. Un lugar en el que se formaban aprendices y se difundían saberes. Curiosamente, de esa agitada vida solo quedan escuetos testimonios.

Con el paso del tiempo, la biblioteca acaparó la atención y contagió su afán de conservar. El *Museion* se convirtió en un museo, un espacio donde debemos andar en silencio, como en las bibliotecas.

¿Perdurar es la ventaja de la palabra escrita?
Tal vez.
¿Pero qué es lo que perdura?
La biblioteca perdura, como perduran los edificios y la escritura, mientras que la academia se olvida, como se pierden las conversaciones, los discursos y discusiones, las ensoñaciones y los borradores.
Pírrica victoria de la arquitectura y de lo escrito.
Ridícula o paradójica victoria, pues lo que perdura en

el relato es el mito, no el aliento que le dio vida.
La palabra escrita también puede ser letra muerta,
aunque haya costado sudor y sangre:
conchas huecas que resguardan el fragor;
semillas que se quiebran para retornar al devenir,
que siempre es deambular.

Curiosa paradoja: hoy los museos tienen poco que ver con ese ambiente vivaz. Y si en la actualidad hay una institución en la que se alternan charlas y experimentos con sesiones de escritura o lectura silenciosa, bajo techo o en descampado, esas son las bibliotecas públicas.

En la actualidad los gimnasios difieren de aquellas instituciones en las que se preparaba integralmente a los jóvenes para su participación en la vida de la *polis*, lugares de ejercicio físico, pero también propios para la reunión, la conversación, la discusión y el diálogo. Quizá porque hoy establecemos barreras entre el cuerpo y el espíritu, en los campos del saber y en las formas de producción del conocimiento. Pero algunas bibliotecas públicas al menos ensayan a tender puentes donde otros establecen barreras.

Otra genealogía que me causa especial simpatía es la que vincula las bibliotecas públicas a los baños públicos de Roma. Esa genealogía ilumina aspectos valiosos del pasado y también del futuro, los baños públicos: lugares

consagrados al cuidado de uno mismo, de una manera integral. Lugares para todos (los que pudieran pagar).

A los baños termales acudían todos: hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos y ancianos; hombres libres y, también, esclavos. Durante algunos periodos mezclados.

En los más majestuosos, en una sala separada de los vapores, algunos usuarios podían encontrar obras de sus autores favoritos y deleitarse con su lectura.

La descripción de lo que sucedía en los baños públicos, tanto como la del *Museion*, nos remite a lo que acontece en la actualidad en muchas de las bibliotecas públicas más innovadoras. En esos recintos, podías leer, escuchar una conferencia, conversar, flirtear, practicar algún arte o algún deporte… Sí, lugares consagrados al cuidado integral de la persona y de acceso universal.

Esta genealogía permite poner de relieve que en otros tiempos y en otras culturas han sido más hábiles para vincular el cuerpo con el espíritu, el silencio con la conversación, el arte con la ciencia, el placer con el estudio, el cuidado de sí con el de los otros: la diversidad con un nosotros.

Tal vez hoy ese sea nuestro mayor desafío. Lo abordaré más adelante. Pero antes me gustaría detenerme a entender nuestro presente.

Segunda parte
Algunas re-visiones para entender el entorno y para enmarcar el (im)posible retorno

Doxas y paradoxas

En las páginas precedentes he intentado mostrar las paradojas del presente y esbozar de manera muy rudimentaria sus genealogías. En esta sección quisiera ampliar la perspectiva y mostrar que esas transformaciones responden a otras más amplias en el tiempo y en el alcance.

Una doxa es una verdad compartida,
un saber del que (casi) nadie duda.
Algo que para una comunidad
resulta evidente…
hasta que alguien lo cuestiona

y demuestra que esa verdad resulta inaceptable.
Por ejemplo, que la Tierra es plana,
o que Dios creó al mundo en siete días,
o que los seres humanos son superiores,
y un largo etcétera incesante.
Nadie escapa a las doxas,
por más que uno quiera.
Las requerimos para poder vivir en comunidad.
Y requerimos comunidad.
Las paradoxas son oportunidades
de construir otra doxa,
disfrutar el desconcierto y recuperar el asombro.
Escribo en una temporada que para un lector de textos
y contextos se muestra llena de paradoxas.
No pretendo crear una doxa,
pero sí invitar al lector a cuestionar
las verdades aceptadas,
revisar sus experiencias y... tal vez hacer experimentos.
Las paradoxas nos incomodan.
No sabemos qué hacer con ellas.
Mejor darles la vuelta.
Las doxas y las paradoxas son, así,
parte de un ejercicio continuo
de lectura y escritura, no de textos ni solo de contextos.
De algo que viene de antes y sostiene a todos los textos
que nos han dado sentido

y sostienen nuestras conversaciones.
Son parte de un proceso e invitan a asumir que nos
toca leernos inscribiéndose así: procesualmente.

Nuestro presente incierto cuestiona certidumbres muy arraigadas. La violenta repercusión global de la pandemia no es solo consecuencia de un virus. Es parte de una serie de crisis, tal vez menos ruidosas, pero vinculadas, que han ido aconteciendo ante nuestras narices; crisis que socavan las doxas que sostienen nuestros afanes. Que nos sitúan ante disyuntivas para las que no hay respuestas sencillas. Tal vez por eso hemos evitado verlas.

Nuestro presente incierto nos invita a pensar en un proceso más complejo y difícil de resolver que una enfermedad causada por un virus. Si queremos entender el presente y posible futuro de las bibliotecas, los libros, la lectura y escritura (o la democracia, la cultura o el derecho, por mencionar solos tres conceptos asociados a la formación de lectores), es preciso aludir a otros procesos, por ejemplo, la crisis de la cultura escrita, la de la duración, o la perturbación de la relación entre creador y receptor o la complejidad creciente de establecer los conceptos de lo público y lo privado.

La crisis de la cultura escrita

La escritura es reciente. Un invento que se dio en diversas geografías hace más o menos 10 000 años, si nos referimos a las notaciones que traducen en trazos palabras o conceptos (cuentos), o 30 000 años, si ampliamos la definición a las cifras (cuentas). Una estrategia para enfrentar a la muerte y sus metáforas: la ausencia o la desaparición.

Para seguir siendo y estando, y actuando
a pesar de las distancias, físicas o temporales.

Con las palabras escritas podemos, en efecto, (casi) llegar a comunicarnos con los lejanos en el espacio y el tiempo. Exigir el pago de deudas (cuentas) o revivir los gestos, sentires y pensamientos de otros (cuentos).

La escritura siempre es, en cierto sentido,
telecomunicación. Comunicación a la distancia,
temporal o espacial.

Con escritos podemos o creemos ejercer poder sobre otros, a pesar de no estar juntos. Les podemos decir a otros lo que deben hacer o lo que deben pagar, por ejemplo, como nos recuerda el concepto de escrituras:

esos papeles que acreditan legalmente la propiedad de un inmueble o un terreno.

Las tablillas eran, entre muchas cosas, instrumentos contables; servían para registrar deudas, para comprometer el pago, para mostrar la propiedad. Contaban, permitían regir y gobernar(se). Las tablas de la ley pretendían regir el obrar.

Tablas y tablillas, en piedra o en arcilla, duraban más que las palabras pronunciadas o las escritas en la arena (que también tienen su función y su historia: escrituras efímeras las llaman los especialistas, garabatos que sirven, entre otras cosas, para dialogar con uno mismo, para partirse en dos y construir pensamiento).

En todas las sociedades en las que ha existido, la escritura ha sido el privilegio de unos cuantos. Una actividad restringida a una porción de la población (más o menos amplia) y a ciertos usos (íntimos, privados o públicos).

Durante muchos siglos, leer y escribir fue un acto de poder, para ostentarlo, incrementarlo, administrarlo.

También para trastocarlo. Por eso, entre otras cosas, aprender a leer y escribir, como publicar, siempre han sido actividades reguladas.

Una actividad en disputa.
Para disputar.

Para conciliar.

Durante muchos siglos, leer y escribir fue una estrategia para diferenciar y unir. O unir y diferenciar. El orden de los factores depende de los contextos. Pero nunca en la historia habíamos vivido una mayor proliferación de usos, de funciones, de tecnologías, y sobre todo una mayor extensión de usuarios de la palabra escrita.

La razón es sencilla. Está determinada por la demografía, una ciencia a la que se le presta muy poca atención y, sin embargo, es capital para comprender la historia y, por tanto, el presente.

Durante muchos siglos, leer y escribir fue el privilegio de unos cuantos, porque la humanidad era eso: unos cuantos en un orbe poblado por muchos otros seres. Y porque esos cuantos vivían en su mayoría en el campo (solo hace unas décadas más de la mitad de la población mundial reside en las ciudades) y había muchas maneras de poder vivir sin interactuar con otros a través de la palabra escrita.

Ahora no somos unos cuantos, sino una mancha cuya presencia se puede registrar desde el espacio aéreo en todo el planeta, entre otras cosas, por ese genial invento que es la cultura escrita. Esa que nos ha hecho posible acumular y procesar datos e información con creciente velocidad. Esa que nos ha permitido incrementar el

consumo calórico y reducir los márgenes de morbilidad, que ha sostenido el crecimiento de la productividad y de la producción de basura. Gabriel Zaid lo relata con deliciosa prosa en su ensayo «Vivir y producir»[17].

¿También ahora la palabra escrita es una manera de unir y diferenciar, de dar valor y disputarlo, de imponer y trastocar un orden? Sin duda, pero tal vez estamos ante un escenario radicalmente nuevo. En estas páginas intentaré explorar esa hipótesis problematizándola, con la convicción de que no todo está escrito, que hay muchas maneras de intervenir, de leer y de leer y escribirnos.

Hoy leemos y escribimos (casi) todos, (casi) todo el tiempo y para (casi) todo.

Las palabras nos arropan.
Nos dan cobijo.
Nos distinguen y distinguimos por ellas.

Hoy leemos y escribimos (casi) todos, (casi) todo el tiempo y para (casi) todo.

Pero ¿cuánto valen hoy las palabras?

---

17 Se puede leer el texto completo en línea desde el siguiente enlace: https://www.letraslibres.com/sites/default/files/files6/files/pdfs_articulos/pdf_art_12759_11800.pdf

¿Qué relaciones establecen con las palabras orales,
con los dibujos,
con el lenguaje corporal?

Durante muchos siglos, nos comunicábamos a la distancia, temporal o física, fundamentalmente a través de palabras escritas (y por dibujos o textiles, o…).

Luego lo hicimos a través de palabras, sonidos o
imágenes impresas.
Cada vez escribimos más personas,
más fácil y más rápidamente.
Y más fácil y rápidamente reproducimos lo escrito.

Luego… (condenso en esos puntos suspensivos cientos de volúmenes de una historia que se puede investigar en algunas bibliotecas, una historia que se sigue escribiendo) también a través de voces e imágenes, grabadas o no.

Después inició la era de las telecomunicaciones, por teléfono, radio o televisión, que le dieron al lenguaje oral y gestual atribuciones que distinguían al lenguaje escrito. Estas parecieron amenazar la viabilidad de los medios escritos, los libros, pero también de las publicaciones periódicas. Pero no fue así. Todas esas transformaciones ampliaron el concepto de lo que conocemos como cultura escrita.

En 1994, David Olson publicó *El mundo sobre papel*, una obra en la que analizaba el impacto de la palabra escrita en nuestros procesos cognitivos. En él mencionaba cómo prácticamente no había espacio que no la tuviera.

Hoy, en la era de la pantalla, prácticamente no hay tiempo en el que no estemos. No vivimos en un mundo de papel. No podemos ser sino a través de interacciones con la cultura escrita, aunque no forzosamente escribamos palabras. Pueden ser emoticones. Y los podemos dictar o escuchar.

Hoy nos encontramos en una etapa diferente, aunque muchas prácticas milenarias aún se realizan. Lo singular es que ahora usamos la lectura y la escritura (casi) para todo, (casi) todos. Incluso varios de los que antaño diríamos que no saben leer ni escribir. Por ejemplo, varias personas que no están alfabetizadas pueden enviar mensajes a otros que tampoco lo saben hacer a través de internet, grabando o directamente observándose interactuar a través de una pantalla. Esto tiene una implicación profunda en la manera de (re)conceptualizar lo local y lo global.

Pero también, desde otro ángulo, nuestro presente es singular porque ahora los niños pueden acceder incluso sin la ayuda de los adultos a una oferta cultural sin precedentes. Ahora existen libros para niños que no saben leer o ni siquiera hablar. O eso creemos, pues hoy también sabemos que el llanto de los niños de semanas ya está marcado por pautas culturales.

La pregunta es por qué las campañas de promoción de la lectura no
parecen permeables a esta constatación obvia en el sentido literal del término: lo que está frente a los ojos, en el camino.

Hoy la palabra escrita convive con el audio y la imagen de manera compleja. De una manera tan intrincada que no siempre somos conscientes de si escribimos, leemos o nos (in)comunicamos a través de sonidos, palabras o imágenes.

Analiza los chats de tu *WhatsApp:*
verás con claridad
la connivencia y convivencia
de la palabra escrita
con el audio y con las imágenes.

La connivencia y la convivencia son tan intensas que ya ni siquiera las distinguimos. La llamada «crisis de la cultura escrita» se manifiesta de otras maneras, tan o más relevantes. Por ejemplo:

- En las mutaciones que ha tenido la asociación de la escritura con la duración.

  Por ejemplo, ahora las palabras escritas
  (o imágenes y sonidos grabados)
  duran menos o duran, pero se pierden
  entre montañas de otras palabras escritas
  (o imágenes o sonidos grabados)
  que nadie encuentra.
  Igual que los libros en las librerías...

- En la perturbación de la relación entre el creador y el receptor.

  Solo mira en cualquier diario en línea
  (que tiene muchas versiones a lo largo de cada día),
  cómo tan pronto se publica una nota
  ya hay comentarios.

- En la relación de la escritura con la materialidad o con el cuerpo.

Cuando leer y escribir era para pocos y no para todo, escribir o leer requerían de una tecnología que suponía el dominio de técnicas, el adiestramiento pausado. Lugares destinados a ello.

- En la relación de la escritura con los impulsos.

Cuando leer y escribir era para pocos y no para todo, escribir y leer tenían efectos de distinción.

La llamada «crisis de la cultura escrita» se puede condensar en un par de preguntas a las que nadie puede responder de manera contundente:

> ¿Cuánto vale y cuánto cuesta leer o escribir (o escuchar, ver o grabar imágenes o sonidos) hoy?
>
> ¿O para qué vale escribir y leer (o escuchar, ver o grabar imágenes o sonidos) hoy?

Una de las preguntas fundamentales es la relación de la escritura con la memoria. Sócrates la desdeñaba porque, a su juicio, la escritura debilitaba la memoria. Zaid nos recuerda que hoy recordamos a Sócrates por los escritores que registraron sus palabras. En otras tradiciones, memorizar textos permite reactualizar su valor ante lo

contingente. Cada vez dicen algo nuevo, fresco. Y esa frescura proviene del mismo venero. Muta, pero perdura. ¿Y hoy? ¿Leemos y escribimos para recordar o para olvidar? Hoy, cuando supuestamente todos leemos y escribimos y podemos acceder a la prensa de todo el mundo, ¿cuánto tiempo duran las noticias?

Levanta la vista y mira por la ventana.
¿Es de tarde o de noche?
¿O acaso estás conversando conmigo,
que solo soy para ti un nombre o un fantasma,
en una plácida mañana?
Ahora sí,
vuelve y busca en otra ventana
el periódico que tú quieras
y dime si no cuesta
incluso diferenciar las ediciones del día.
Por algo las nuevas normas invitan a citar las noticias
que leemos por la hora en que aparecieron…

Tal vez por eso vivimos bajo el imperio de la novedad, que paradójicamente es con frecuencia una constante repetición.

El valor de toda(s) la(s) escritura(s) no solo se expresa en términos económicos. El valor de la escritura es el que ha sostenido nuestras maneras de construir, el que

ha posibilitado el crecimiento de nuestras comunidades, ¿también de construir sentido?

Ahora que (casi) todos escribimos y leemos para (casi) todo,
ahora que aparentemente cuesta tan poco escribir y leer,
¿cuánto vale y cuánto cuesta leer y escribir para diferenciarnos, unirnos, distinguirnos, seguir o dirigir?

La crisis de la duración

Las bibliotecas han sido tradicionalmente lugares esencial y doblemente vinculados con la escritura:

Lugares para leer.
Lugares para escribir.

Lo mismo las bibliotecas públicas que las privadas. Las académicas que las patrimoniales.

(Casi) todas las escrituras duran, pero ninguna eternamente. Desde su remota invención, la palabra escrita ha sido una apuesta por la permanencia frente a la fragilidad de la palabra oral.

Las tablas de arcilla, los pergaminos, las tallas, que aseguraban la contabilidad en un reino o asentaban las

leyes, suponían una inversión en material escriturario. Pero también en tiempo, el de la escritura propiamente dicha y el que había que invertir, en nuestra tradición occidental, en adiestramiento de los escribas (la autoría de las obras no era cosa de escribas, sino de dictadores: personas refinadas que no se rebajaban a la labor del artesano. El escriba, por lo demás, no forzosamente leía)[18].

El grandísimo paleógrafo italiano Francisco Petrucci[19] enunció una suerte de ley: la duración del material escriturario es inversamente proporcional al número y diversidad de usos y usuarios de la palabra escrita.

> Las piedras talladas durarán (casi) eternamente[20]. Los pergaminos fabricados con piel de cordero, que posibilitaron la extensión de la escritura, perdurarán todavía muchos siglos.

---

18 En la tradición oriental, hombres y mujeres no solo se adiestraban desde pequeños para leer y escribir con tinta y con pincel, sobre telas y papeles diferentes, sino que eran capaces de leer en el mismo trazo mensajes y emociones.

19 En *Alfabetismo, escritura y sociedad* (prólogo de Roger Chartier y Jean Hébrard). Barcelona: Gedisa, Col. LEA, 1999.

20 En realidad, todo, incluso las piedras, está en continua transformación. Por eso la brillante geóloga Marcia Bjornerud dice que incluso las piedras son gerundio, algo que se está haciendo, no algo hecho. Véase su libro *Conciencia del tiempo*. Ciudad de México: Grano de Sal, 2020.

> Algo menos durarán los libros impresos en tipos móviles en el siglo XVI, mientras que las páginas de la mayor parte de los publicados en el siglo XX, amarillentas y rígidas, no podrán ser hojeadas en una década... Lo mismo podemos decir de las cartas y la prensa, ese instrumento que fue tan importante para formar la idea moderna del espacio público[21].

Nadie sabe cuánto durarán los mensajes encriptados digitalmente: ¿mientras se mantengan los códigos, los cerebros electrónicos que los almacenan, los dispositivos con el *software* que puedan traducirlos? Tantos condicionantes y, mientras tanto, apenas hay tiempo para detenerse en la compleja apuesta por definir lo que queremos que perdure ni si está en nuestras manos incidir para que algo perdure... o se borre.

Aparentemente todo puede preservarse, pero es tan ingente la cantidad de información que producimos, almacenamos y escribimos (fotografiamos o grabamos), que, con frecuencia, a la hora de intentar encontrarlo,

---

21 Recordemos que Kant publicó en la prensa «¿Qué es la Ilustración?», ese documento seminal de la moderna concepción de espacio público. Ahora está disponible en este enlace: file:///C:/Users/Daniel/Downloads/Dialnet-QueEsLaIlustracion-3171408.pdf.

(casi) todos preferimos darlo por perdido.

Sí, hoy todo se graba, pero todo se desvanece, aunque perdure. Porque casi todo lo podemos grabar, pero (casi) nada se queda en la memoria de nuestro cerebro. Porque (casi) todo se graba, nuestra relación con lo grabado ha cambiado, y (casi) nadie sabe en dónde leyó, o dónde está conservado lo que leyó, escribió o que grabó. Nada, ni en los USB, que supusimos que todo lo almacenarían, ni siquiera en los *drives*.

También podríamos decirlo de otro modo.
Hoy todo queda grabado en las otras memorias:
random, del disco duro, de un cartucho o en la nube,
solo que no recordamos cómo llegar,
ni siquiera el nombre del archivo. Ni para qué.

A manera de provocación, imagino a un historiador del siglo XXII. Tal vez pensará que en nuestros días los seres humanos no se escribían cartas ni mensajes, pues nada de nuestros mensajes permanecerá. No se escribían, dirán de nosotros; hoy no hacemos otra cosa. En cambio, ahora estoy gozando de una novela japonesa del siglo X, el *Genji monogatari* de Murasaki Shikibu, que revela la compleja manera establecer relaciones amorosas dentro y fuera del matrimonio en el Oriente, en buena medida vinculada al arte epistolar.

Hey, tú, lectora o lector,
no llores ni te quejes.
Tampoco saltes de júbilo.
Tómate un tiempo.
Descansa de la lectura del libro y vuelve a él.
Aquí te espero.

Es en este proceloso mar que tenemos que mantener nuestro equilibrio.
Es en este proceloso mar que debemos navegar…
La pregunta que rara vez hacemos es ¿adónde?
Tal vez porque damos por obvia la respuesta.
Tal vez porque consideramos que no tenemos derecho a preguntar y que se trata de seguir y seguir y seguir y seguir y seguir y supuestamente progresar.

Pero tal vez hoy,
que todo está detenido,
es el momento de preguntar
adónde queremos ir,
o incluso si queremos seguir
y seguir
y seguir
y seguir
progresando.

Las bibliotecas han sido tradicionalmente lugares esencial y doblemente vinculados con la escritura: lugares para leer y lugares para escribir.

Preguntar
adónde queremos ir,
o incluso si queremos seguir
y seguir
y seguir
y seguir
supuestamente progresando,
te concierne ahora que (casi) todas están cerradas.
Seguramente encontrarás otros lugares para leer y escribir,
y ¿para dar valor?
¿O será que no tendremos el valor de asumir que las bibliotecas inciden en la cadena de producción y reconocimiento del valor?

La perturbación de la relación entre el creador y el receptor, la materialidad y la corporeidad

Hace siglos, cuando leer y escribir era cosa de unos cuantos, era más fácil atribuir a las diferentes personas una de esas funciones. Al menos en nuestra tradición occidental, algunos podían ejercer ambas, pero no todos.

No pocos de los que podían leer no eran capaces o no se les permitía escribir. Mucho menos publicar.

Como lo he señalado, los escribas no forzosamente fueron lectores. Tampoco los lectores fueron forzosamente personas capaces de escribir o escribas. Ni uno ni otro eran escritores, tal como hoy entendemos ese término, personas inmersas en los libros, que se nutren de ellos, que los producen.

Luego se diversificaron los instrumentos para escribir. Plumas de ganso, manguillos, plumas fuente, bolígrafos, máquinas de escribir de las que solo conservamos los teclados, que ahora usamos para algo inédito: traducir las palabras a un código binario (que resulta ilegible para la mayor parte de los que tecleamos nuestros textos ahí). El objetivo de todos esos utensilios era producir escrituras destinadas a permanecer, aunque sea solo unos segundos, como es el caso de tizas o gises, lápices, marcadores, para garabatear o hacer borradores.

Fijadas en un medio,
las palabras adquieren una vida propia.
Se externalizan.
Y eso abre la posibilidad de un diálogo con otro,
que perfectamente puede ser uno mismo.

Y todo esto facilitó que se estableciera todo tipo de relaciones

entre lectores y escritores. Más o menos diferenciados unos de los otros, pero siempre, de diversas formas, comunicados. Unos vivían de los otros. En todos los sentidos. Pero también facilitaron la relación de ellos con ellos mismos.

La escritura instaura un espacio para la conversación.

La palabra escrita y la creación de espacios

Ahora (supuestamente) todos somos capaces de leer y escribir. Escribimos todos, incluso sin mover la mano, solo dictando a un teléfono que, además, puede corregir la ortografía y la redacción a todos.

Sí, incluso a mí,
que en este libro oficio
supuestamente de escritor,
es decir, del que sabe.
Supuestamente, porque,
no lo olvides,
yo estoy indagando,
(ojalá que) igual que tú.
A mí me toca ir y venir de estas páginas a otras,
escritas por mí o por otros,
y levantarme de mi silla
y no pocas veces también de la cama,

pues en medio del sueño (se me) ocurren ideas,
aparecen palabras
o nuevas asociaciones.
Mientras que a ti, querido lector
(que estarás escribiendo otro,
tal vez en escrituras efímeras
en tu celular o en libretas,
tal vez en mensajes que compartes),
te toca leer.

Ahora todos somos iguales. O casi… Escribimos y leemos para todo, casi todo el tiempo. Las diferencias no solo tienen que ver con leer o no leer o escribir X o Y (esa cantidad de variantes tienen que ver con el género, la edad, la escolaridad, la posición social, la religión, el entorno familiar, político o religioso).

Ni blanco ni negro. ¿Grises?
Las variaciones nos muestran
un horizonte de libertad
en los matices.

El hecho de que (casi) todos podamos leer y escribir, y lo hagamos constantemente, ha ampliado las posibilidades de comprender a los otros, antes excluidos por género o por razones sociales, políticas, religiosas o,

incluso, étnicas. Ha permitido que cualquier persona pueda hacer públicas sus creaciones, creencias u opiniones, la emergencia de obras prodigiosas: la mencionada Wikipedia, pero también miles y miles de espacios y canales digitales en centenares de lenguas.

Hoy resulta más sencillo que nunca publicar. Pero eso no forzosamente supone crear espacio público.

«Hacer público», eso quiere decir *publicar*. Hace unos siglos, la principal justificación para proteger el derecho de todos a publicar era generar un espacio público en el que se pudiera exponer y conciliar las diferencias. Y se suponía que si se publicaba y se enseñaba a todos a leer (y a escribir), se lograría no solo hacer una sociedad más democrática y civilizada, sino formar un mercado para enriquecer nuestra vida y participar en una cadena de valor.

Uno y otro estaban vinculados. Eso era algo que nos concernía a todos los que participamos en los diferentes oficios o eslabones de la cadena del libro y la lectura. Desde luego, también a los bibliotecarios.

Pero para que lo publicado genere público es necesario algo más que otros te lean, o sigan. Para que lo publicado incida en lo público es necesario que lo publicado genere y retenga la atención, un bien escaso.

Cada vez más.

O ¿tú qué opinas, cómplice fugaz?

Para intentar lograrlo, querido lector, redacto así:

Alternando y alternando la caja.
En fragmentos breves.
Espero que levantes la vista de la página o la pantalla
y mires,
rumies y regreses.

¿Cuánta atención se requiere para construir espacio público? ¿Sobra decir que, si antes el problema eran las (supuestamente) marcadas diferencias, para los que nos importa el bien común ahora el problema es la indiferencia?

Igualdad vs. desigualdad.
Diversidad vs. uniformidad.
¿Diferencia vs. indiferencia?

Hoy, que se ha hecho posible que (casi) todos participen y (casi) nadie escuche, ¿qué quiere decir crear espacio público?

Subrayo esta oración para retornar a ella,
para que no se me olvide.

Que no se te olvide tampoco a ti, querido lector.
Ahora que somos (casi) iguales.
Ahora que ambos decimos que hemos decidido crear
(al leer y escribir, al conversar)
una casa para recibir al otro
y crear un eventual nos-otros,
también nos tocará entender los cada vez más
complejos vínculos
entre lo público, lo privado y lo íntimo.

La era digital y sus implicaciones espaciales y corporales

Las perturbaciones en la relación de la escritura con la materialidad o con el cuerpo no pueden comprenderse sin entender la entrada de la escritura en un nuevo paradigma: el de la era digital.

En español y en inglés, la palabra *digital* tiene las mismas dos acepciones: lo referido al dedo (de ahí las huellas digitales) y la vinculada al dígito, un número que se representa con una sola cifra[22].

22 De ahí que en francés se use la palabra *numérique* para todo lo relacionado con la computación.

En el campo de la cultura escrita, a partir de 1938 se denomina *digital* a la información que usan las computadoras que procesan la información traduciendo todo a números. A partir de 1960 se entiende por digital también a grabaciones que encriptan la información en secuencias de dígitos, en oposición a las analógicas. Tanto en materia de escritura como de audio o imágenes[23].

En la vida cotidiana, las dos acepciones riman en la prosa rutinaria: el dedo es el soberano, basta deslizar uno para…

ver aparecer lo que se desea en una pantalla
y muchas otras cosas más: como comprar,
viajar, acceder, encender o apagar,
y un largo etcétera incesante.

Hay muchas discusiones acerca de la importancia de la pornografía en internet[24].

De lo que no hay dudas es de que la era digital ha modificado la relación de la escritura y de la lectura que, recuer-

---

23 Como se indica en *Online Etymology Dictionary*, que se puede consultar en el siguiente enlace: https://www.etymonline.com/word/digital#etymonline_v_31427

24 Véase el artículo «En internet hay menos porno de lo que se piensa», de Mark Ward, publicado el 1 de julio de 2013 en BBC News, disponible en https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/07/130701_tecnologia_pornografia_internet_men

da, cada vez están más (con)fundidas, igual que las imágenes, los audios y las palabras lo están con la materialidad y con el cuerpo. Y desde luego, con todo lo corpóreo.

Ni blanco ni negro.
¿Grises?

Nadie duda de que eso afecta y constituye todos los universos de la experiencia. Los más íntimos, los privados, los públicos.

Insisto, todos los universos de la experiencia:

- Los más íntimos

(aquellos que no nombramos
o solo compartimos con los más secretos,
los que tememos siquiera nombrar),

- Los privados

(esos que nos vinculan con unos cuantos,
que nos diferencian, los que se ven
puertas adentro,
en el trabajo),

- Los públicos

(esos que publicamos,
esos que nos conciernen, supuestamente,
a todos).

Los que conciernen a nuestra singularidad y a nuestra comunidad (o quizá sea más preciso decir: la que consideramos nuestra singularidad), pues mientras tecleamos y vamos escribiendo no solo vamos creando textos, nuestros textos se van traduciendo en dígitos que nos insertan en una comunidad, traducen las palabras, las búsquedas y la totalidad de los actos comunicativos a un código binario ilegible para los que tecleamos. Crea espacios de interacción ajenos al cuerpo y a la voluntad. Nos hace participar aun aislados. Nos descifra y revela.

Todos hoy están convulsionados.

En la era digital, todo lo que hacemos genera huellas e información que pueden ser o son leídas y, con ellas, se escribe algo de tu destino.

Con el dedo ingresamos al espacio, íntimo, privado, público; laboral, recreativo, social. Nada se encajona fácilmente en lo íntimo, privado o público. En un momento algo es íntimo, después es… un escándalo. En un momento es privado, después es… En un momento es público, después es… Pero ¿qué es el espacio y qué queda?

¿Será que las diferencias más radicales estriban en el hecho de que hoy (casi) todo lo que escribimos (o grabamos): palabras, imágenes y audios, se traduce a un código que puede ser leído y procesado por cerebros que no responden a un cuerpo humano. Procesa todo lo que queremos registrar e incluso aquello que no registramos (nuestra ubicación, por ejemplo) para crear un espacio público a modo y un espacio privado abierto al usufructo de alguien para el que no somos sino una cifra?

Este parágrafo, estimado lector,
estaba destinado a ser la glosa
de esas transformaciones tan obvias como obviadas.
Pero después, dado que ya hay pasos fluidos
entre el autor y el lector,
y por respeto a ti, que eres diferente de mí
y eres singular
y no forzosamente has pensado
en todo eso ni en cuánto te afecta,
y si lo has hecho,
seguramente piensas distinto de mí
(lo aseguro, pues en unos días
yo mismo pensaré diferente
de todo lo que hoy afirmo),
he resuelto
dejar un enorme espacio en blanco para que tú lo llenes.

Sí, una página en blanco
para, una vez más, invitarte a levantar la vista
y detener la lectura
y buscar entre tus recuerdos y observaciones,
entre los numerosos mensajes, o textos, o audios, o fotografías,
o videos que has producido o recibido
estos días, y asumas
tu papel como creador de
este hogar en el que aspiro a albergar también a otros.
Eso está en juego.

Si quieres, puedes empuñar un lápiz o un marcador,
o apretar una tecla,
o simplemente apretar con un dedo la pantalla
y...
Ya decidirás tú cómo haces la glosa
de estas convulsiones que te atañen, lo mismo a la hora
de trabajar, estudiar, descansar.
Cuando pretendes estar solo o cuando estás
acompañado.
Mientras compras, juegas,
te informas o haces transacciones de todo tipo.
Aparentemente todo fluye.
Pero muchas cosas no se mueven con la facilidad con la
que se deslizan las letras, imágenes y audios.

Tal vez porque no hay nada que estabilice. Tal vez porque todo el tiempo están comunicados.

Tal vez por...

Tercera parte
La música de las bibliotecas

La crisis de la pandemia ha evidenciado la profundidad de diversas crisis de la lectura iniciadas con mucha anterioridad. Al mismo tiempo, ha revelado la precariedad de las conceptualizaciones prevalecientes en los discursos alrededor de la llamada animación a la lectura y, por tanto, de las propuestas para responder a ella.

La pandemia lo demostró, estamos todos comunicados. De otra forma el virus no habría avanzado con la velocidad que lo hizo, ni hubiéramos podido responder con la velocidad que lo hicimos. Angustiosamente lenta y dolorosa desde la perspectiva individual, pero asombrosamente rápida y relativamente indolora desde la perspectiva social. Aunque no haya culminado. Aunque con certeza veremos emerger daños insospechados tanto en la dimensión individual como social.

La vida cotidiana en estos tiempos de confinamiento puso en evidencia que leer y escribir son dos verbos que conjugamos a diario con una diversidad de formas para una diversidad de fines. Prácticamente todos y para casi todo. Pero también han perdido poder para crear sentido, porque, lejos de alimentar el diálogo, se han convertido en medios para acrecentar el solipsismo.

La pandemia ha abierto posibilidades para valorar de otra forma el espacio y las diversas maneras en las que se construye la comunicación más allá de los mensajes escritos o grabados. En el trabajo, las escuelas, los hospitales, los museos y teatros. Para sobrevivir, todos hemos saltado a un espacio común creado por la cultura escrita, entendida en su sentido más amplio, que al mismo tiempo nos comunica y en el que con frecuencia nos sentimos incomunicados.

Consagrados a leer (ver o escuchar) o a escribir (grabar) mensajes para seguir trabajando, estudiando o participando, de pronto nos vimos con una inédita posibilidad de leer desde una perspectiva diferente el espacio y los procesos. ¿Cómo se dan y por qué?

Ahora que están cerradas las bibliotecas,
se ha hecho evidente una dimensión de las bibliotecas
que no veíamos, aunque estaba frente a nuestros ojos.
Tal vez porque de ella (casi) no se hablaba,

ni entraba en el registro del quehacer bibliotecario.
Ahora que están cerradas,
para muchas personas
no hay un lugar alternativo para no hacer nada
o hacer todo ya.
Ahora que están cerradas las bibliotecas
y muchos otros espacios,
la dimensión espacial de las bibliotecas cobra una
relevancia singular.
Ahora que están cerradas, podemos también constatar
que esta reducción del valor de la dimensión espacial
se había comenzado a manifestar fuera de ellas desde
mucho tiempo antes.
Y eso les daba valor especial:
las bibliotecas eran un espacio para responder a la
reducción del valor del espacio y la sobrevaloración de
la dimensión del tiempo,
una característica de nuestro tiempo.
Ahora que están cerradas,
se percibe el valor de esa dimensión fundamental,
incluso en las bibliotecas más plenamente envueltas
en la transformación digital.

Como etnógrafo amateur que soy, en mis primeras semanas al frente de la Biblioteca Vasconcelos, cuando aún podía interrogar a los usuarios sin que ellos su-

pieran que era el director, varias mañanas entrevisté a usuarios. Iniciaba mi conversación con una misma pregunta: ¿usted dejaría de acudir a la biblioteca si nosotros le hiciéramos llegar los libros o las computadoras a su hogar? No hubo uno solo que aceptara semejante trato.

Años después, Teresa López Avedoy preguntó a otros usuarios qué estarían haciendo de no haber ido ese día a la biblioteca o en qué otro lugar estarían haciendo esas actividades. Muchos de ellos respondieron que, de no haber acudido a la biblioteca, no estarían haciendo lo que estaban haciendo. Un joven lo resumió con una frase que no olvido: «Estaría durmiendo o haciendo nada».

Para los usuarios, ir la biblioteca representaba la posibilidad de ser y hacer algo diferente de lo que harían y hacían. No pocos al asistir a la biblioteca hicieron algo diferente de lo que esperaban hacer. Desde otro ángulo, se podría decir que era un espacio alternativo para ser diferentes.

Dependiendo de la extensión de la mirada, la biblioteca era un espacio propiciador de otras maneras de usar su tiempo, o de descubrirse diversos de lo que habían imaginado ser.

La biblioteca no era una escuela, aunque se ocupara de la educación. No era una fábrica o una oficina, aunque sirviera para trabajar. No era un museo o una sala

de conciertos, aunque a ellas podían acudir a escuchar conciertos o ver exposiciones. La biblioteca era una vía para entrar en una relación diferente del tiempo y el espacio, para vivenciar el ser y el tiempo, propio y colectivo, desde otra perspectiva.

¿Eso ayuda a explicar la preferencia por acudir a un espacio que en promedio tomaba más de una hora de ida y otra de regreso? Tal vez. Aunque creo que no hay solo una respuesta. Todas las que imagino suponen un contraste entre el espacio del que se viene y el que brinda la biblioteca.

Escuchando sus relatos, o leyendo los testimonios recogidos por Michèle Petit, muchas veces me he preguntado: ¿cuándo comienza y cuándo termina la experiencia bibliotecaria?

Para no pocos usuarios, la experiencia bibliotecaria comenzaba al salir de casa. ¿Cuándo se cerraba? ¿Al entregar el libro?

Supongo que no hay una sola respuesta. Y todas dependen de la extensión de la mirada y la fineza de la escucha. Pero lo cierto es que el espacio bibliotecario introduce un nuevo espacio para *r*eleer, **r**evisar, *r*eelaborar, repensar y ciertamente también redactar la propia vida y trayectoria. Pasada, presente y por venir.

Ya lo he dicho, el prefijo **re-** resume muchas de las cuestiones que ofrece el espacio bibliotecario, tan ajeno

al ajetreado devenir de las jornadas.

Al escuchar a los usuarios o leer ensayos y testimonios, he comprendido que no pocas veces se acude a una biblioteca a buscar comunidad, incluso cuando se desea estar solo. Pues ahí se está solo de una manera diferente.

Solo, como no se puede estar en casa, incluso cuando se vive solo. Pues a la biblioteca también acuden personas que viven en soledad, igual que los que la requieren porque en sus hogares no se puede disfrutar de un espacio para gozarla, y también los que no tienen hogar y solamente ahí pueden estar solos sin que (casi) nadie los moleste.

Todos acuden a buscar algo que no es ruido ni silencio, sino la música que porta la promesa de algo que está distante y desde la distancia llama. Música discreta, como el arrullo de un arroyo. El casi silencioso golpeteo de la garúa.

Todos tienen que desplazar el cuerpo
para estar en un lugar
con otros, vivos o muertos,
que están presentes
sin molestar.

Ese espacio es objetivo, pero las experiencias que ahí se viven no solamente se pueden analizar y explicar obje-

tivamente. Es subjetivo e intersubjetivo. Los diálogos que ese espacio puede propiciar pueden ser también intrasubjetivos.

Las bibliotecas y los nómadas

Como los libros, las bibliotecas son (¿o eran?) lugares de remanso. Espacios que (re)corta(ba)n una continuidad. En paz con los difuntos. En tregua con los vivos (uno mismo incluido). Son (o eran) espacios que concilian estar solos en medio de una multitud, de muchas formas. También posibilita(ba)n ser uno y múltiple. Ser (y acceder) solo un fragmento de una conversación que no tiene fin y tiene múltiples principios.

Que no tiene fin,
¿y tienen otra finalidad más allá de la misma
conversación?

Como los libros, las bibliotecas son (o eran) una expresión del deseo de permanecer.

De ser uno con el otro.

Y no son nada si no son algo para el otro que entra a ellas y de pronto es...

más o menos
sabio, ignorante, feliz o infeliz, poderoso o vulnerable
por lo que encuentra (o encontraba).

A veces entra(ba) buscando. A veces vagabundeando. Encuentra (o encontraba) e incorpora(ba). Hace (o hacía) suyo el cuerpo ajeno.

Como los libros, las bibliotecas son (o eran) lugares para despertar, saciar o alimentar el hambre de saber, de ser, de conocer. Hambre para alimentar y despertar deseos múltiples. Lugares para nómadas. Oasis. Lugares de paz. Propicios para la caza furtiva[25].

¿Cómo pueden vincularse esas observaciones, fincadas en la valoración de la subjetividad, con los pomposos discursos que asocian a las bibliotecas con la democracia?

---

25 De manera explícita te invito, lector, a leer y releer, solo y en compañía: «Leer: una cacería furtiva», un ensayo de Michel de Certeau, en el libro *La invención de la cotidiano* (vol. 1). Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2015. Ahora está disponible en https://lenguajes3unr.files.wordpress.com/2014/03/de-certeau_leer_una-caceria-furtiva.pdf

Las bibliotecas, la muerte y la democracia

Aprender de la experiencia ajena, esa es sin duda una de las justificaciones para acumular libros y crear bibliotecas.

Quevedo lo dijo en «La torre», un soneto hermoso dedicado a su biblioteca personal:

> Retirado en la paz de estos desiertos,
> con pocos, pero doctos libros juntos,
> vivo en conversación con los difuntos,
> y escucho con mis ojos a los muertos.
>
> Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
> o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
> y en músicos callados contrapuntos
> al sueño de la vida hablan despiertos.

A pocos meses de que las bibliotecas públicas del mundo entero fueran de manera súbita cerradas, vuelvo a leer ese hermoso soneto, y se me queda resonando este verso:

> Si no siempre entendidos, siempre abiertos,

Quizá porque ahora, de manera dubitativa y temerosa, se comienza a hablar de reabrirlas, me parece de vital

importancia reflexionar sobre la apertura que menciona Quevedo. Doy por sentado que mis reflexiones sobre la apertura de la que habla Quevedo responden a mi tiempo, en el contexto actual, tan cargado de muerte. Y que pueden hacer decir al soneto de Quevedo cosas que él jamás hubiese imaginado.

Escuchar con los ojos a los muertos, eso es lo que Quevedo confesaba realizar en su torre, refugiado; ahí, apartado del mundo, de la política que lo apasionaba, le permitía vivir la política que puso en peligro su vida o, al menos, su libertad.

Quevedo se apartó y se refugió en su torre. Lo mismo hizo otro gran apasionado de la política, Michel de Montaigne, Miguel de la Montaña, con quien Quevedo tuvo una relación de entraña. Ambos se interesan por todo y lo conjugan en múltiples registros. Ambos conversan y traman. Solos y retirados, con los vivos y con los muertos, enamorados de la vida. La biblioteca para ambos es una pausa. La conversación, una forma de vivir[26].

---

26 Una hermosa introducción a Montaigne, que es a la vez una espléndida relación de la vinculación entre los dos Migueles, es el artículo «Lectores de Montaigne», de Vicente Molina Foix, publicado en *Revista de Libros* el 10 de noviembre de 2015, disponible en https://www.revistadelibros.com/articulos/ensayos-de-montaigne

Sus refugios silenciosos permiten escuchar el arrullo del arroyo que ha sembrado vida a lo largo del desierto. El murmullo de los muertos que conversan, mientras esperan ser despertados.

Entrar a ellas es apartarse de un ruido para escuchar un murmullo. Un bisbiseo, que algunos confunden con el silencio. Pero no lo es. No, al menos mientras una biblioteca invite a husmear, a proseguir una conversación interminable. Como acontece cuando uno pasea por un cementerio. Pero no en todas las bibliotecas se percibe (o percibía) ese rumor.

Al dejar la dirección de la Biblioteca Vasconcelos, fui dar una charla en Iztapalapa, una de las zonas más peligrosas del área metropolitana del valle de México. Un lugar del que llegaba cerca del 15 % de los visitantes de la Vasconcelos, a pesar de la distancia de más de una hora de viaje.

Quise retribuir con mi visita las muchas veces que me había tocado recibirlos. Iztapalapa es una de esas ciudades que no son tales, sino manchas urbanas que han crecido de manera desordenada. Zonas conurbadas desprovistas de servicios básicos como agua y hospitales, sin parques ni jardines, en las que algunas autoridades caritativas con intenciones democratizadoras, falsas o reales, siembran espacios culturales.

Me recibieron tres muchachos y les pedí que me mostraran los lugares a los que acuden cuando no quieren estar en su casa. Me condujeron al cementerio. Paseamos, conversamos sobre sus días y sus noches. Sobre sus deseos y preocupaciones. Luego me llevaron a una capilla y un parquecito y, por fin, me llevaron a una biblioteca. Pronto descubrí por qué la habían dejado para el final.

Para poder ingresar había que cruzar una reja protegida por una mujer policía. Ya en el pequeño recinto, tres bibliotecarias dormitaban. Ni siquiera voltearon a saludar cuando entramos.

En el único momento en el que voltearon fue cuando comencé a hojear los libros de los estantes. Quise despertar su interés mostrando que en su sección de niños había muchos libros que yo había publicado. Puesto que todos estaban clasificados como libros para niños, habían mezclado en un mismo estante álbumes para bebés, relatos para niños y novelas para adolescentes… Todos de lomo. Perfectamente acomodados, de acuerdo con su clasificación Dewey.

Por fin escuché su voz: «Por favor, no lo recoloque usted. Nosotros lo haremos».

No me extrañó que mis anfitriones hubieran elegido pasearme primero por el camposanto. Los cementerios pueden ser más hospitalarios que muchas bibliotecas.

Los cementerios están más vivos que muchas de ellas.

Al salir de ese recinto, recordé lo que un amigo que conocía a fondo la red de bibliotecas de la Ciudad de México me había relatado, tal vez exagerando: en toda la red había solo dos bibliotecas que funcionaban. Una atendida por una persona que abría la biblioteca por la mañana y se iba a otro trabajo; luego regresaba a limpiar y cerrarla. La segunda estaba al cuidado de una magnífica anfitriona, que sabía hacer sentir bienvenida a cuanta persona llegara. Solo había un pequeño detalle: esa bibliotecaria era analfabeta. Lo curioso es que, al parecer, a ninguno de los usuarios le representaba un problema. No sé incluso si todos los usuarios lo sabían. A la manera de Hanna en la inolvidable novela *El lector* del novelista alemán Bernhard Schlink, esta bibliotecaria se las había arreglado para que las cosas funcionaran, a pesar de su imposibilidad de leer o escribir.

Ella había logrado poner en práctica algunos de los principios que caracterizan a las mejores bibliotecas públicas del mundo. Darte un espacio para conversar, con los vivos o con los muertos, con uno mismo o con los otros.

Juego con resonancias del soneto de Quevedo:
Si no siempre entendidas, siempre abiertas.

¿Será que desde cierta perspectiva no hay difuntos, doctos o no?

Las bibliotecas públicas son o pueden ser espacios privilegiados para la conversación inter- e intrasubjetiva. O al menos eso habían sido esos espacios extraños en los que tanta gente extraña se sentía en casa y, a la vez, diferentes de sí.

¿Podrán seguir siendo eso?

Principios, recomienzos y finales

Todas las instituciones que nos dan estabilidad mutan. Todas: lo mismo las familias que las escuelas, las iglesias, las empresas o los estados. Desde luego, también las bibliotecas.

Todo lo que permanece tal cual ha sido cuando su entorno ha cambiado, en realidad, empieza a morir por aferrarse a la vida.

Lo que (tal vez, segura o difícilmente) no desaparecerá será la fragilidad que nos hace depender de otros (a la que responden con su sostén la familia y los amigos). El deseo (y la necesidad) de aprender y enseñar (que dio origen a la escuela, los talleres en los que compartían maestros y aprendices). La angustia y el deseo de estar

en relación con el cosmos (que dio origen a la religión[27] y sostiene a las iglesias, los observatorios y los laboratorios). La necesidad de vincularnos para producir e intercambiar riquezas (que sostiene a mercados y empresas). La necesidad de regular las comunidades (que sostiene a los concejos, tribunales o estados).

Las bibliotecas públicas responden a todas esas necesidades.

«Todo cabe en una biblioteca»,
dice Ramón Salaberria, un bibliotecario ejemplar.
Añado: todos caben en una biblioteca que se atiene
a sus principios, o deberían hacerlo si la biblioteca se
atiene a sus principios. Reconocer la igualdad. Valorar
la diferencia.

Las bibliotecas públicas morirán cuando dejen de responder a las necesidades de sus usuarios. Incluso si

---

27 Para algunos lingüistas, la religión viene del latín *religare* 'atar, vincular'. De ahí el doble vínculo, ligarse con el cosmos y estar fuertemente atado con otros seres humanos. Para otros, la cuestión es más compleja. Véase un resumen de la discusión en el artículo «Religión - religare - relegere», de Justo Fernández López, en http://hispanoteca.eu/Foro/ARCHIVO-Foro/Religi%C3%B3n-religare-relegere.htm. El hecho es que, sea cual sea la etimología, la religión se sustenta en la necesidad de vincular la existencia tanto con otros como con lo otro, *si non è vero, è ben trovato.*

permanecen abiertas, si dejan de responder a los desafíos de sus entornos, fenecerán. ¿Tienen los bibliotecarios la capacidad de transformarlas? ¿Cómo hacerlo?

La respuesta supone un complejo arte de lectura y escritura. Mirar al pasado para permanecer fiel a los principios, más que originales, originantes. Mirar al presente para responder a los desafíos, apertura para seguir mutando. Asumirse como espacios, en principio, hospitalarios. Para recibir al otro y a lo otro. Como espacios que pretenden que todos tenemos el derecho de (re)conocer(se) y ser (re)conocidos.

Cuarta parte
De la biblioteca al jardín

La biblioteca y el suelo donde edificamos y pensamos

La pandemia que estamos viviendo es, entre otras cosas, una prueba de vida, en varios sentidos. El más elemental es que es una prueba que el entorno impone para ver si cada uno de nosotros podrá sobrevivir. Pero la pandemia también es una prueba de que la vida sigue y seguirá sin los humanos. Tan pronto nos replegamos, aparecieron (o les prestamos atención) a plantas y animales.

Con ellos se abrió también la oportunidad para conjugar el ser en diferentes escalas temporales. Como los pájaros que estaban ahí, pero no escuchábamos, ahora cobran valor de múltiples formas. Siempre han estado

ahí, pero ahora el progreso de la ciencia y la tecnología, que en cierta forma permitió el rápido avance de la pandemia y las vacunas, nos lo confirma. ¿Podemos ignorar los diversos sistemas que conviven en el universo y en cada uno de los seres humanos?

Han muerto más de dos millones de seres humanos en el mundo entero. Frente a los más de 7000 millones de individuos que hoy conforman la humanidad, es un costo biológico muy reducido. Mucho menor que el de otras pandemias históricas. Pero la supervivencia y la muerte asociadas con el desarrollo se han vuelto temas de conversación. Bienvenido el contrapunto en un entorno que ha pretendido desterrar a la muerte, el dolor y el aburrimiento.

Insisto, el coronavirus pudo haber sido un accidente, pero la velocidad de expansión de la pandemia no. Está directamente vinculada con lo que hemos construido y destruido. Y, por tanto, con ese genial invento que es la escritura, en el sentido amplio que relaciona las muescas que se usaban hace más de 30 000 años para hacer cuentas, con los pictogramas, los glifos, las letras y las notaciones algebraicas y musicales: aquellas señales que en un momento se fijan en un medio determinado, de una tablilla de arcilla a un cuaderno de papel, de un trozo de cuero a un disco de vinilo o un disco compuesto por circuitos capaces de reproducir sonidos, imáge-

nes, datos, y salvar la distancia y el tiempo para ampliar nuestro mundo y las maneras de habitarlo.

Eso es el mundo:
un espacio que se construye,
no un espacio dado.
Un lugar que se limpia.
Su opuesto no es la nada,
sino lo inmundo.
Eso es el mundo:
un lugar en el que el ruido se convierte en música.
El caos, en una complejidad con la que dialogamos.
El mundo no está,
se construye y habita
limpiando.
Se construye y habita
leyendo y escribiendo
no solo palabras, números e imágenes que creamos,
sino gestos, objetos, procesos
más o menos (in)dependientes de los seres humanos.

Ese genial invento que, por comodidad, llamamos escritura, aunque desde el principio hayan sido muescas para hacer cuentas, y pictogramas para evocar cuentos o mitos, ha potenciado la capacidad de almacenar y procesar información, entre muchas otras cosas, para

confirmar que no somos los únicos seres inteligentes con capacidad de comunicarse y aprender.

El subsuelo y el espacio que habitamos

La irrupción de la pandemia ha evidenciado diversas crisis de los modelos evolutivos imaginados e incluso de la propia noción de progreso. Esto se ha dado de manera más o menos coincidente con progresos de la ciencia que han puesto al descubierto otras perspectivas para comprender la vida y el pensamiento.

Cuando estudié la primaria, me enseñaron que había tres reinos en la naturaleza: el animal, el vegetal y el mineral. Cada uno de ellos tenía subdivisiones, todas obedecían a un patrón. El más complejo era el más evolucionado. Importaba poco el tiempo. En parte, porque abundaba también el espacio. Había mucho. Al menos en América podíamos soñar con el progreso infinito. Había recursos y espacio.

En menos de sesenta años, esas nociones se han transformado completamente. Aunque la gente sigue pensando en términos de tres reinos en la naturaleza, en las ciencias de la vida las divisiones se han complejizado.

Algunos hablan de siete reinos. Los más lúcidos reconocen que cada esquema que hagan será precario,

porque las fronteras que dividían a unos y otros se han diluido.

«En un puñado de suelo normal y corriente hay más criaturas que en el planeta entero»[28], dice David W. Wolfe en *El subsuelo*. Una historia natural de la vida subterránea. Se trata de una obra introductoria al estado del conocimiento acerca del territorio que comienza ahí donde pisamos. Un territorio ignoto.

Por extraño que parezca, el subsuelo es un territorio sobre el que los seres humanos hemos investigado menos que sobre el espacio, las galaxias y las estrellas. Esa ignorancia es el sostén de nuestra idea de normalidad. Ahora que lo comenzamos a estudiar, nos causa asombro lo obvio. Mirar al cielo nos afirma en nuestra pretendida singularidad.

Ahora que lo estudiamos, nuestras certezas se desmoronan.

> Con cada nuevo descubrimiento subterráneo se hace más evidente que el nicho ocupado por el Homo sapiens es más frágil y mucho menos central de lo que pensábamos antaño; igual que los descubrimientos astronómicos de Copérnico cambiaron para siempre nuestra noción del sitio físico que ocupábamos en el universo, nuestro nuevo conocimiento de la magnitud, función y

28 Véase Wolfe, *El Subsuelo*, p. 15-16.

> diversidad genética del mundo subterráneo de nuestro planeta va a cambiar para siempre nuestras ideas acerca del lugar que ocupábamos en el árbol evolutivo[29].

Ahora que lo estudiamos, podemos replantear nuestras decisiones en otras coordenadas espaciales y temporales. Habíamos creído que después de unos cuantos metros del suelo que pisamos no hay vida. Eso forjó una perspectiva: que nuestras condiciones para sobrevivir son las únicas para que la vida exista.

Pero en los últimos cincuenta años, hemos ido descubriendo que bajo las plantas de nuestros pies hay un universo ignoto y sorprendente. Un tejido complejo no solo desconocido: incognoscible, pues nos resulta imposible analizar lo que acontece a 5000 metros de profundidad, ya que cualquier muestra que extraigamos mutará: así de frágiles son los sistemas complejos que, muy probablemente, fueron el origen de la vida, como especulan hoy muchos científicos que antes apostaban a que la vida surgió en el mar o en la superficie de la Tierra.

Esas investigaciones han mostrado de manera fehaciente que hay otras vidas, quizá más viables, en un pla-

---

29 Tomado de *El subsuelo. Una historia natural de la vida subterránea*, de David W. Wolfe. Barcelona: Seix Barral, 2019, p. 19.

neta alterado por los humanos. Lo mismo que la pandemia ha mostrado: seres menos evolucionados pueden tener más posibilidades de sobrevivir en un futuro incierto. Esa es otra paradoja que una y otra vez la teoría de la evolución ha demostrado. Los seres con funciones más diferenciadas y más complejos y evolucionados tienen mejores capacidades de responder a contingencias adversas. Los dinosaurios desaparecieron antes que las amebas.

Durante siglos pensamos que la temperatura de la ebullición era un límite. Hoy sabemos que hay seres vivos que prosperan a más de 120 °C, en ambientes más ácidos o alcalinos que los tolerables por cualquiera de los animales y vegetales que reconocíamos como tales hace cincuenta años…

En la línea del tiempo de la vida, los seres humanos solo ocupamos un tramo pequeño: 200 000 años frente a 4500 millones años son nada.

Por el momento, la pandemia no ha puesto en cuestión la viabilidad del ser humano. Pero nos obliga a recordar que los seres humanos, al igual que todos los animales, no podríamos vivir si no existieran los vegetales. Ni un solo segundo.

En todos sus libros, Stefano Mancuso nos recuerda que a lo largo de la historia muchos filósofos y científicos se han interrogado acerca de la inteligencia y la sen-

sibilidad de los organismos vegetales, y sobre su capacidad para percibir y reaccionar a los estímulos externos.

Pero, desde hace cincuenta años, ya no es materia de especulación. Ahora sabemos que los vegetales no solo son inteligentes y sensibles, responden a un ritmo diferente y no solo con los cinco sentidos. Mancuso enumera dieciséis sentidos vegetales y las maneras tan versátiles en que los utilizan para pervivir.

Hoy también sabemos que el cuerpo humano tiene diez veces más microorganismos que células humanas[30]. Únicamente en nuestro intestino habitan entre mil y mil quinientas especies de bacterias.

Las neurociencias actuales reconocen que la microbiota bacteriana que coloniza el intestino aun antes de nacer tiene una función fundamental en el sistema inmunológico y también en la transmisión neuronal. Los estudios científicos han puesto de relieve una correlación directa entre la microbiota intestinal y el cerebro, estableciendo la existencia del eje microbiota intestinal-cerebro. Con base en esta teoría, la microbiota actúa sobre el desarrollo, la fisiología y las funciones cognitivas

---

30 Véase el artículo «Revised Estimates for the Number of Human and Bacteria Cells in the Body», de Ron Sender, Shai Fuchs y Ron Milo, en la revista *PLoS Biol.*, 14(8), e1002533, de 2016, disponible en https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4991899/

del cerebro, aunque los mecanismos involucrados aún no se han interpretado completamente[31].

Recuerdo haber leído hace años el extraordinario relato del primer hombre que permaneció durante toda la noche polar en la Antártida, ese continente de 14 000 000 km², en donde solo viven entre mil y cinco mil habitantes. Lo mucho que le ilusionaba saber que era el único ser vivo en millones de kilómetros a la redonda… La ilusión de que podemos estar solos en el universo se ha roto. Hoy sabemos que nunca estamos solos en el universo. Entre muchas otras cosas, porque los seres humanos somos una multitud de seres unidos de manera provisoria. Por eso pensamos, respiramos, digerimos. Vivimos, nos reproducimos y... morimos.

Cuando tenemos certeza de que muchos otros animales son inteligentes, usan herramientas, además de tener lenguajes socialmente determinados (es decir, son sujetos culturales), que intervienen en el medio ambiente, y de que los vegetales son inteligentes, se comunican y tienen relaciones de cooperación, seguimos sintiéndonos el centro del universo, como antes de la era copernicana.

---

31 Véase el artículo «The Contribution of Gut Microbiota-Brain Axis in the Development of Brain Disorders», de Jessica Maiuolo y otros, en la revista *Front. Neurosci.*, 23, de 2021, disponible en https://www.frontiersin.org/articles/10.3389/fnins.2021.616883/full

Aún decimos que sale el sol.
Vivimos y nos comportamos muy lejos.

La manera en la que Auguste Rodin concibió al acto de pensar es ejemplar de esa pretendida singularidad que desde hace décadas se ha ido resquebrajando, como los icebergs y los glaciares. Un hombre desnudo, sentado, con la cabeza apoyada en su puño. No solo aislado de su entorno. Sentado, desprendido de su cuerpo. Absorto en sí mismo.

No sé qué quiera decir hoy pensar. Pero sé que ese modelo ya no se sostiene. Pensamos al andar. Pensamos al conversar y soñar. Durante los sueños, al caminar o nadar, no pocas veces las ideas aparecen. Pensamos incluso por bacterias que habitan en el intestino, que se ha dado en llamar el segundo cerebro.

Pensar tiene que ver con interactuar de una manera compleja. Y de una manera compleja supone un equilibrio mutante entre eso que llamamos activo y lo que suponemos pasivo.

Si somos un hato en constante mutación,
¿qué quiere decir pensar, sentir, actuar?

Siempre hemos sabido que los seres humanos requerimos de otros seres humanos para poder sobrevivir.

Ahora descubrimos que el conjunto social es una reunión de seres singulares y que cada uno de ellos es un conjunto de seres que se singularizan en un tiempo y un espacio contingentes. Que por esos seres pensamos.

Vegetales, microbios, hongos y muchos animales establecen relaciones de comunicación y colaboración debajo de la tierra y arriba. También con los seres humanos. Esas relaciones para los seres humanos no siempre son comprensibles, pero son poderosas.

Esa singularidad rota respondía a un relato que en la tradición bíblica se expresa en la semana de la creación que no culmina con la aparición del ser humano, sino con un genial invento: el día del descanso. El día de agradecer ser...

Copio tres párrafos de un hermoso ensayo de Oliver Sacks:

> Todos nosotros hemos deambulado por un exuberante jardín o por un desierto intemporal, hemos caminado junto a un río o un océano, hemos escalado una montaña y nos hemos encontrado a la vez vigorizados, con la mente fresca, tonificados en cuerpo y espíritu. La importancia de esos estados fisiológicos sobre la salud individual y comunitaria es fundamental y de gran alcance. En mis cuarenta años de práctica médica solo he encontrado dos tipos de terapia «no farmacéutica» realmente importante para los pacientes que padecen

enfermedades neurológicas crónicas, la música y los jardines.

[…] No sabría decir exactamente la manera en que la naturaleza ejerce su efecto calmante y organizador en nuestro cerebro, pero he presenciado en mis pacientes la capacidad reparadora y curativa de la naturaleza y los jardines, incluso en aquellos que sufren un trastorno neurológico. En muchos casos los jardines y la naturaleza son más poderosos que cualquier medicación.

[…] Está claro que la naturaleza apela a algo muy profundo en nosotros. La biofilia, el amor a la naturaleza y a las cosas vivas, es una parte esencial de la condición humana. La hortofilia, el deseo de interactuar con la naturaleza, manejarla y atenderla, es algo también muy arraigado en nosotros. El papel que desempeña la naturaleza en la salud y la curación es todavía más vital en el caso de personas que trabajan largas jornadas en oficina sin ventanas o para aquellos que viven en barrios sin acceso a espacios verdes, para los niños de las escuelas urbanas o para aquellos que residen en instituciones como puede ser una residencia de ancianos. Los efectos de la naturaleza sobre la salud no solo son espirituales y emocionales, sino también físicos y neurológicos. No me cabe duda

de que reflejan profundos cambios en la fisiología del cerebro, y quizás incluso en su estructura[32].

Me encanta que ese hombre tan sabio y ese científico tan agudo se permita decir: «No sabría decir exactamente cómo… pero he constatado».

A mi manera yo lo imito. No sabría decir exactamente cómo, pero me parece que descubrir que hay otras inteligencias y lenguajes, y que las fronteras entre los reinos y los seres se han revelado como ficciones, algo nos debe decir a los que queremos apostar por esos espacios consagrados al conocimiento y el saber.

¿Podemos proyectar nuestro ser de otra manera? Asumirse superiores supone privilegiar una perspectiva vertical.

Arriba está la cabeza, territorio del cerebro. Él, que piensa, rige todo. ¿Podemos asumir una perspectiva horizontal y reticular? ¿Abrirnos a un tiempo y un hacer que suponen reconocer la pausa y lo oculto? Concentrarse no es lo mismo que atender. Desde cierta perspectiva, incluso son opuestos. Desde esa perspectiva, la atención, como escuchar, tiene un valor fundacional.

---

32 Tomado de «Por qué necesitamos jardines» en *Todo en su sitio. Primeros amores y últimos escritos*, de Oliver Sacks. Barcelona: Anagrama, 2020, p. 269-270.

Lo excitante del momento actual es
que podemos saber con claridad
que no sabemos.

El jardín, una nueva perspectiva para las bibliotecas públicas

La modernidad ha procurado distanciar la confrontación con la muerte propia. Ha ampliado los horizontes de vida y reducido la morbilidad. Desde hace más de un siglo, cada niño que nace tiene mayores probabilidades de sobrevivir y llegar a viejo, pues de manera continua se ha incrementado la expectativa de vida. En parte por eso, en un siglo hemos pasado de ser mil millones de seres humanos a ser siete veces más. Y la mancha humana en el planeta desde el espacio. Prácticamente en todo el planeta.

La pandemia nos ha vuelto a traer
la inquietud acerca de la muerte de manera paradójica.
¿Para qué prolongar la vida si eso conlleva recluirse en
un asilo y terminar vencido por un virus?
¿Para qué estudiar si conlleva tanto esfuerzo
y, finalmente, habremos de ocuparnos en otra cosa?
¿Para qué afanarse por comprar si todo está construido

con una caducidad predeterminada, una caducidad funcional para mantener un ritmo de producción que no forzosamente nos permite descansar y gozar? No queremos morir, pero
¿queremos seguir viviendo así?

Las bibliotecas son un pequeño episodio dentro de la historia de la cultura escrita que, a la vez, es un muy pequeño episodio dentro de la historia de la humanidad. Pero son un factor de intensificación.

¿Podrían ser, además, espacios para hacer valer el séptimo día,
el del descanso, el día consagrado a agradecer?

La crisis de la COVID-19 no ha concluido, pero ya ha puesto en aprietos a algunos supuestos que dábamos por ciertos, y que les dieron a las bibliotecas un lugar central y, al mismo tiempo, marginal. Ha evidenciado que todos los seres humanos estamos vinculados y que de seguir pretendiendo estar desvinculados de otros seres vivos no podremos prosperar en nuestro ser.

La crisis de la COVID-19 rompió la inercia y nos recordó la precariedad. Nos recordó de una manera más compleja que todos vamos a morir. No solo los individuos. También las especies. *Homo sapiens* es una de ellas.

Los seres humanos, que escribimos para sobrevivir, y los imperios, que sueñan con sobrevivir por creerse cerca de sus orígenes a través de los libros, y no de las conversaciones que les dieron origen. Las bibliotecas públicas son, hasta el momento, las mejores instituciones que hemos inventado para extenderlas y prolongarlas. Porque entra todo y cualquiera puede entrar. Porque conservan, pero posibilitan que se transforme. Porque dan y reconocen valor en el doble sentido: de valía y valentía.

Las bibliotecas públicas pervivirán mientras sean capaces de ofrecer a aquellos que las sostienen respuestas provisorias a sus preguntas, incluso a las no formuladas. Pero, sobre todo, mientras mantengan vivas las preguntas y hagan emerger nuevas.

Era

Cada minuto, si se glosa,
es una era.

Si se glosa,
la versión
es
origen.

Si se glosa,

una era es (o puede ser) un instante.
Arte de (des)glosar.
Una era puede desglosarse en muchos
instantes fundantes.

Esta crisis ha puesto en duda un camino que parecía incuestionable. Desde la angustia y la perplejidad, podemos reconocer la naturaleza cambiante de todos los seres y sus relaciones, y la manera en que nuestro actuar interviene en ella.

Esa naturaleza cambiante abarca a los conceptos, categorías y construcciones sociales con las que creamos el mundo.

Como lo sugiere Norbert Elias, si los hombres seguimos diciendo que el sol sale cada mañana, a pesar de que hace siglos descartamos la postura geocéntrica, es porque nos cuesta distanciarnos de nuestras ilusiones egocéntricas[33].

¿Cuántas otras suposiciones no se sostienen en nuestro ingenuo egocentrismo? Antes y después de la invención de la escritura y el libro, otras culturas han puesto en cuestión hábitos mentales añejos. Romper con ellos depende de la totalidad de nuestra persona, no solo de nuestro intelecto.

---

33 Véase su obra *El proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989.

En *Una breve historia del jardín*, Gilles Clément comenta:

> El primer jardín de la historia no es el de los libros de historia, sino el de la historia de los pueblos que a lo largo de los tiempos, sea cual sea la época, dejaron su actividad nómada para establecerse en algún punto de su territorio[34].

Los seres humanos inventaron la agricultura para vivir de otro modo. Para poder acumular bienes que no podían portar, y para crear otro tiempo. Para dejar de estar siempre preocupados por sobrevivir (cosa que también podían hacer los nómadas, que invertían solo cuatro o cinco horas al día para recolectar lo que la natura les daba). Para estar ociosos (cosa que también hacían cuando eran nómadas) y descubrir nuevas necesidades y deseos (cosa que empezaron a hacer cuando se asentaron), y multiplicaron su creatividad para saciar el hambre y seguir hambrientos de sabores y saberes (cosa que multiplicaron las bibliotecas y todavía lo hacen de manera aún más compleja que lo que hicieron a lo largo de su historia: por su mayor apertura, en materia de acervos, públicos y servicios).

La cultura no aparece con la agricultura ni es privativa de los grupos sedentarios que la inventaron. Nace con

---

34 Tomado de *Una breve historia del jardín*, de Gilles Clément. Barcelona: Gustavo Gili, p. 14.

la conversación y se alimenta de ella. Supone dia-logar: el significado etimológico de diálogo es algo así como «palabra o discurso que va de un lado a otro», «discurso cruzado», «intercambio de palabras».

Asumir lo dialógico nos permite reconocer y alentar otras maneras de ser y hacer que no prosperan estableciendo dicotomías como vida y muerte, noche y día, soñar y pensar, cuerpo y alma, oralidad y escritura… Desvincular la cultura de su fundamento patrimonial y alentar una visión matriarcal.

Juan Luis Arsuaga señala que les tocó a las mujeres descubrir la mejor forma de que el hambre dejara de marcar nuestro destino. Ese hombre, que hoy está a cargo de dirigir las investigaciones de los yacimientos de Atapuerca, se suma a los muchos que saben que fueron mujeres las que hallaron, entre las plantas enterradas (también llamadas geófitas), la manera de sobrevivir al frío y a la sequía. Las geófitas tienen una vida secreta bajo la tierra, aun cuando sobre la superficie parezca que están muertas. Almacenan almidones que en los periodos desfavorables se transforman en energía para brotar cuando es oportuno.

Las mujeres sembraban para los varones que regresaban de su cacería con los brazos vacíos. En ese diario acontecer, ellas cuidaban el fuego. Hervían hierbas y raíces. Seleccionaban semillas. Creaban provisiones. Fun-

daron el hogar para ellas, los niños y los ancianos. En ese hogar nacieron los cuentos y las rimas. Si hoy están cerradas y toca apostar, yo intentaría encontrar en ellas un referente para volver a intentar.

Hacer de las bibliotecas laboratorios para experimentar poniendo en el centro el polivalente concepto de género. Buscando tejer y reconocer (el género es también un textil) puentes entre saberes y conocimientos, escuchando y haciendo escuchar voces y saberes. Y también al silencio.

Quinta parte
Cuaderno para improvisar

Cultiva tu jardín. Para leer y dialogar

Ahora que en la mayor parte del mundo están cerradas
y se han trastornado nuestras nociones y convicciones,
¿debemos seguir como que nada pasó?
¿Como que lo que pasó fue un accidente?
¿Como que no tenemos nada que ver
ni nada que hacer?
¿Como que lo único que hay es abrir la puerta y seguir
como si nada, como si no fuésemos corresponsables,
pues fue un accidente?
¿O tratar de aprender?

Ahora que están cerradas,
revisar el pasado, indagar el futuro.

Yo no quisiera que se reabran como si no hubiera
pasado nada.
Tampoco retornar a la normalidad.
En la medida de lo posible,
asumir que nunca habrá una normalidad,
que toda normalidad puede discutirse y revisarse.
Para eso también sirven las bibliotecas.

Ahora que están cerradas,
hay que agradecer ese detenimiento.

A propósito de *Cándido*, la obra de Voltaire, Fernando Savater dice que, así como hay obras que son conocidas por su principio, «En un lugar de la Mancha», recuerda, hay obras que son conocidas por su final. Es el caso de este famoso cuento filosófico de Voltaire, que concluye con esta sentencia inquietante, dadas las peripecias que la anteceden: «Cultivemos nuestro jardín».

Escrita en el Siglo de las Luces, con el espíritu de la *Enciclopedia*, la obra nos hace pasear por escenarios catastróficos. El terremoto que devastó Lisboa, entre ellos. Hoy, cuando para muchos estamos ante un retroceso no solo al espíritu ilustrado, leo la sentencia final como la invitación a un nuevo principio.

Todo comienzo es un recomienzo más o menos
consciente.
¿Vivimos en el mejor de los mundos posibles
o en el peor?
Es una pregunta que nos hemos formulado
muchas veces.
Tal vez la pregunta siempre sea pertinente.
La respuesta no puede ser que
todos los tiempos son iguales.
Todos ciertamente son ambivalentes.
Ni blancos ni negros,
ni solo una infinita variedad de grises.

Cultivar un jardín tal vez no sea solo una claudicación, la reclusión forzada en un refugio. Tal vez sea una invitación para ver y escuchar con otra perspectiva.

La perspectiva propone formas de ver y hacer.
Nos dispone.
Nos posibilita conocer y reconocer.
Cambiar la perspectiva es una de las razones de leer.

La perspectiva temporal o espacial relativiza. La relatividad compartida objetiva.

La crisis de la pandemia hizo recordar algo evidente y frecuentemente olvidado, que el ser humano apareció

en la faz de la Tierra y tarde o temprano se borrará, pero la vida persistirá de maneras insólitas…

A mí y a otros amantes de la vida eso solo nos trae consuelo, nos da alegría. Cultivar un jardín es dialogar con lo que no se puede comprender. Con lo que no podemos hacer. Cultivar un jardín es acercarse, no llegar. Abrir un espacio para dialogar con aquello que sucede sin que podamos intervenir.

> «La escenografía […] se adapta al cambio de los fundamentos del jardín, pero el principio del jardín permanece constante: acercarse lo más posible al paraíso», dice Clément. Tal vez.

El jardín no es un campo de cultivo. Es un espacio intersticial… entre la natura y la cultura. Como una biblioteca, un terreno fértil. Es un espacio disponible y dispuesto a que lo usen. Un lugar en el que uno propone y él o lo(s) otro(s) dispone(n). Un lugar en donde uno cultiva y se cultiva. Donde uno juega, hace y deja de hacer. Un lugar que no es nunca de uno. Un lugar para recibir. Para plasmar un espacio para entender el propio hacer más allá de uno como individuo. Para hacer y descansar. Para hacer y dejar hacer(se). Para ingresar en otra dimensión de la experiencia. Para (re) ubicarse en el tiempo y en el tiempo y para perderse.

En su dimensión individual, toda la vida individual es una derrota. Pero cada instante vivido es una victoria sobre esa muerte que nos acecha desde que nacemos.

En su dimensión individual, leer y escribir es una victoria frente al fúnebre sentimiento de que hemos muerto mientras vivíamos. En su dimensión individual, muere quien no puede responder a lo contingente.

Al concluir su *Diario de Adán y Eva en el paraíso*,
Mark Twain descubre que el paraíso no es un espacio
del que ha sido expulsado, sino un espacio intersticial.
«Donde quiera que ella estaba era el paraíso».
El Edén es un rostro que interroga, que disturba, que consuela,
que genera conflictos, que obliga al diálogo.
Es un momento ambivalente.
Un encuentro contingente.
En un espacio preciso, en un momento singular,
algo virtual se hace realidad.
Como tantas cosas que sucedían, sucedieron,
suceden y podrán suceder en las bibliotecas públicas.

Ahora que están cerradas, puede resultar más claro que abrir una biblioteca es solo disponer de otro lugar y proponer otro tiempo para hacer las cosas solos o en compañía, pero siempre con otros.

Recuerdo el descubrimiento que me compartió Teresa López Avedoy y cité antes. Para los usuarios, ir a la biblioteca representaba la posibilidad de ser y hacer algo diferente de lo que hacían y eran en los otros espacios: reinventarse. Eso es, definitivamente, una victoria.

¿Cómo cultivar un jardín?

Hace unas páginas, recordé el comentario especialmente ácido de un amigo que presumía conocer la red de bibliotecas de la Ciudad de México. Las dos que mejor funcionaban estaban a cargo de una persona que abría la biblioteca por la mañana y se iba a otro trabajo, y la otra de una bibliotecaria que era analfabeta.

No comenté que, cuando cambió el titular de la Dirección de Bibliotecas de la Ciudad de México, los nuevos funcionarios diseñaron un programa que, a la usanza tradicional, vino acompañado de su respectiva capacitación. Entonces quedaron en evidencia las dos anomalías. Ambos bibliotecarios fueron despedidos.

Las dos bibliotecas singulares se uniformaron: pasaron a ser otros eslabones en una cadena. Todos igual de grises. Lástima. Se perdió la oportunidad de explorar otras formas de desarrollo. De reconocer saberes, de plantear la capacitación a partir del reconocimiento de

las capacidades singulares de cada persona: hay redes en las que todas las bibliotecas siguen los mismos patrones y otras en las que cada una es singular y potencian la diversidad comunicándose.

Propiciar un cambio hacia una realidad deseada supone investigar y replantear los fines, analizar el contexto, los datos de la gestión, escuchar experiencias, contrastar opciones. Hacer experimentos, equivocarse y…
reintentar.

Bibliotecas que funcionan, pese a que el bibliotecario escapa o no sabe leer, no son desde luego modelos para imitar. Pero el hecho de que fueran bibliotecas apreciadas por sus usuarios permitía vislumbrar algunas maneras de incitar a descubrir recursos y oportunidades. A experimentar.

En la parte final de este libro quisiera proponerte a ti, cómplice lector, un juego:
pensar y crear una biblioteca pública.

Han pasado ya muchos meses desde que comencé a redactar. En algunos países, una parte de la población ha sido vacunada. Una persona muy cercana me dice que,

en su país, pese a que casi todos están vacunados, prevalecen las normas de cuidado. En otros, no han sido vacunadas. Ya nadie se arriesga a dar un pronóstico, pero parece que un escenario así podrá regresar y que perdurará la incertidumbre. ¿Habremos aprendido? Le toca a cada uno responder por sí mismo.

Y a los bibliotecarios, aprender a adaptarnos a un escenario cambiante.

¿Qué quiere decir hoy crear o laborar en una biblioteca pública? ¿Desde dónde se puede crear servicios que respondan a las necesidades de los usuarios o les descubran nuevas? ¿Qué es lo público y lo privado? ¿Lo que define lo público es que esté financiado por dinero del estado? ¿Individuos o entidades privadas no pueden aportar al bien público? Que algo se realice desde una entidad pública ¿define que no buscará el beneficio privado? Estas son algunas preguntas que se imponen. No tienen una respuesta única.

Te invito, cómplice lector, a improvisar.
A la manera de muchas propuestas musicales,
antiguas y contemporáneas,
el compositor propone temas, melodías, armonías,
pero deja un espacio para que el intérprete cree

de acuerdo con su ánimo y talento.
Te toca a ti, cómplice lector, hacer tu parte.

Empecemos por los principios, que siempre son origen, que originan siempre. Algo aprenderemos juntos, uno del otro, uno con y contra el otro. Un principio fundacional es el derecho universal de todos a (re)conocer y ser (re)conocidos.

Si tú, lector, no lo consideras un principio,
es poco probable que este libro te diga algo.
Si a ti, lector, te interesan más las bibliotecas que estos derechos,
tal vez este libro, que intenta plasmar la música de las bibliotecas públicas, solo te represente ruido.

En el principio, empezar.

(Re)conocer dónde estás.
(Re)descubrir o admitir
que donde estás hay lugar
para otros.
Luego dar la bienvenida.
(Com)partir el medio pan y abrir un libro para escribir
una historia (com)partida.

La biblioteca se irá armando.
Por más pobre que sea,
si hay una pregunta y un diálogo,
algo habrá para ir
(con)formando un acervo
para (com)partir.

En el principio, empezar. Empezar por los principios y tener una visión integral. La integridad es el valor de los valores. La integridad busca que cada valor esté relacionado con un conjunto, y sin este principio holístico, los demás valores no tendrían ningún sentido. Ser congruente con aquello que nos hace vivir.

Si leer y escribir no nos hace vivir,
si conocer y reconocer no nos hace vivir,
si recibir y ofrecer no nos hace vivir…
entonces,
¿para qué abrir o trabajar en una biblioteca?

Luego, reconocer y usar los recursos disponibles. Cosa que supone saber leer. Y tener la oportunidad de (re) escribir.

Nací y crecí en un país que muchos llaman un país de oportunidades. Un país que ciertamente brinda a muchos la posibilidad de ser, pero en el que, histórica-

mente, a muchos más se las niegan, casi desde el nacimiento. Nací y crecí en un mundo igual. Gozando de la posibilidad de ser testigo e intentando, como muchos otros, ser actor.

Nací y crecí en un país signado por su historia plena de atrocidades. Nací y crecí en un país megadiverso en términos biológicos y culturales, y líder en la destrucción de especies y culturas. En un país que quiero que sea distinto.

Nací y crecí en un país en el que se puede ser director de una biblioteca pública sin ser bibliotecario. Lo que es para muchos algo atroz y, para otros, una oportunidad. Para mí fue un riesgo que decidí enfrentar.

Cuando asumí la dirección de la Biblioteca Vasconcelos, tuve muy claro que era un aprendiz y que tenía ante mí la posibilidad de responder a los desafíos que nos presentaba la historia de mi país y mi entorno. Y eso significaba ensayar nuevas formas de leer y escribir al entorno y a un nosotros virtual.

Si quería hacer algo que tuviera sentido para la gente, había que cambiar de perspectiva. Había que repensar no solo qué hacer, sino los cómo, y releer los recursos. Había que plantear la biblioteca como un espacio para re-leer y re-escribir vínculos y sentidos.

La Vasconcelos es vecina de una de las zonas con mayores tasas de feminicidios en el país y el mundo. La

deserción escolar, la violencia y el desempleo… A esos problemas debía responder si quería que la biblioteca tuviera algo que ver con la vida de sus usuarios.

Era necesario comprometerse con el público, conocer y responder a sus necesidades y deseos, manifiestos o no. Mirar a los usuarios como sujetos integrales. Muy lejos de una voluntad de civilizar, nos propusimos propiciar relaciones de continuidad entre oralidad y escritura, el cuerpo y el espíritu, el conocimiento y la creación, lo público y lo privado; y, particularmente, quisimos asumir el valor político de la escucha.

¿Cómo hacerlo, con qué recursos? Cuando me invitaron a tomar la dirección de la Vasconcelos, me prometieron muchos recursos y libertad para reinventar.

A los pocos meses comprendí que los recursos económicos no llegarían y que teníamos que partir de reconceptualizar los recursos con una perspectiva creativa. Desde esta perspectiva, vimos que el público podía convertirse en un recurso, no solo en el beneficiario. Los problemas y las carencias se debían leer como oportunidades.

Y sobre todo que, si estábamos verdaderamente consagrados al bien público o procomún, no podíamos actuar como si estuviésemos solos. Que estábamos obligados a buscar alianzas que fuesen no solo beneficiosas para las diferentes partes, sino que ampliaran el común:

lo que beneficia a todos. Y vaya que fueron apareciendo recursos y cómplices.

La propia composición diversa del equipo con el que trabajamos fue muy positiva. Los que no sabíamos teníamos la posibilidad de ver cosas que para los expertos resultaban evidentes o invisibles. Teníamos también la obligación de preguntar. Los que estaban más entrenados, de repensar sus respuestas.

A mi lado entró un pequeño grupo con el que pudimos construir con libertad. Algunos, como Ramón Salaberria, tenían un vasto conocimiento sobre bibliotecas públicas. Él había dirigido la revista Educación y Biblioteca. Igual Alejandra Quiroz o Verónica Juárez, bibliotecarias de pura cepa, al tanto de todo lo que pasa en el orbe. Otros, como Carola Diez, habían trabajado en educación y promoción de la lectura. A todos nos animaba la idea de crear experimentos y analizar experiencias. De aprender haciendo. De pensar juntos.

Desde luego, nos ayudó tener una instalación maravillosa, poco funcional en términos bibliotecarios, pero muy hermosa. Un jardín verde que la rodeaba y cuya presencia se podía sentir desde cualquier espacio.

Recuerdo que el arquitecto Alberto Kalach cuando me visitaba siempre entraba por el jardín, y se preocupaba más por la manera en que los

jardineros cortaban los setos que por las goteras. Lo
que ciertamente me irritaba, pero ahora, a la distancia,
me doy cuenta de cuánto importaba
y cómo el ambiente verde condiciona la experiencia
antifuncional (pues la luz solar afecta a los libros y las
ventanas dificultan el control de la temperatura)
desde una perspectiva,
pero era esencial desde otra.
De la misma manera que el contexto afecta el texto, el
ambiente condiciona la lectura:
la experiencia de la lectura se da en el consciente y en
el inconsciente
en una dimensión epitelial.

La estantería cuelga del techo, igual que el esqueleto de una ballena que pende en el centro de la biblioteca. En ese edificio hay decenas de terrazas a las que acudían a bailar grupos de chicos de *k-pop* o *j-pop*. No solo porque en ellas tenían un espacio libre en el que no se les molestara, sino porque en sus ventanales se podían ver reflejados.

Lo que estaban buscando esos usuarios
no era libros ni información, sino un espacio
para estar con otros y un espejo
para poder bailar en sincronía.

Ya me dirás ¿en cuál de tus manuales de bibliotecología se encuentra un indicador así para las bibliotecas? Por qué razón cientos de jóvenes de la Ciudad de México y de muchas otras ciudades bailan k-pop sigue siendo un misterio para mí. Lo interesante es por qué en los acervos no se contempla eso y nunca se habían buscado obras de literatura o películas coreanas.

La Biblioteca Vasconcelos fue inaugurada en 2006. Yo llegué a ella siete años después. Desde su anuncio en 2003, esa megaobra ha estado dominada por la polémica. Cuando asumí la dirección, me hice cargo de una historia, la del edificio (siete años desde su inauguración, dos años cerrado, pero ya llevaba tras de sí una carga de seis directores). Logré estar ahí cinco años y cincuenta semanas. No resultó sencillo. Era y es un edificio asombroso, pero muy impráctico.

Si idealmente las bibliotecas deben procurar que el público tenga equidistantes los libros, por eso son cuadradas, la Vasconcelos tiene la forma de un chorizo de casi trescientos metros de longitud. Eso genera múltiples problemas. El más evidente es que resulta complicado encontrar los títulos entre sus estantes. Y si lo logras, seguramente te sentarás a leer ya muy cansado.

Pero está llena de afortunadas paradojas: la colección pende del techo, y hace sentir que los libros flotan, que no pesan. Un gran acierto hace que no sea grave el desconcierto de errar trescientos metros para encontrar un título. No es poco, más aún en un país en el que todo lo que tiene que ver con la cultura escrita ha contribuido a cubrir con una losa la palabra oral y, en general, todo lo ligero.

Eso fue lo primero que me asombró al llegar ahí: la gente estaba extraviada. Pero no lo lamentaba. Les era difícil encontrar lo que buscaban, pero se encontraban a gusto en ese recinto inmenso e impráctico. Tal vez porque la Vasconcelos está rodeada de un jardín, al que, paradójicamente, pocos entraban.

Ese jardín se podía percibir a través de las ventanas, que rodeaban el edificio. Se podía acceder desde la planta baja y desde el primer piso. El verde se impone sobre el gris de su estructura metálica. Había que obviar los muchos errores que signaron el proyecto, y seguir esa pista. Había que escuchar y potenciar la escucha.

A partir de muchos experimentos, tuvimos grandes logros para hacer de ese supuesto elefante blanco (como se le llama en México a los grandes edificios vacíos) un centro educativo y cultural vivo. Lo resumimos con una consigna: «La Vasconcelos, una biblioteca viva. Que vivan las bibliotecas».

La primera gran actividad fue organizar el «Día del Niño en la Vasconcelos. Un regalo íntimo y compartido en el espacio público». En lugar de insistir en traer cuentacuentos a narrar historias para niños, invitamos a científicos, artistas, historiadores, deportistas y todo tipo de personas que pudieran compartir algo interesante de sus vidas (recuerdo haber invitado a un hombre que se había tatuado el calendario azteca en su cabeza, a que hablara de eso) para que compartieran con niños algo que les interesara a ellos, que los había marcado. No a que impartieran una conferencia o una clase. A que despertaran su curiosidad. ¿Quién dijo que a los niños solo les gustan los cuentos?

La propuesta era que fuesen solo veinte minutos, para que fuese solo una picadita. Algo que inquietara, que sembrara dudas, que posibilitara ensoñaciones. Que hiciera ver que la biblioteca despierta preguntas y curiosidad, no solo que las responde. Movilizamos diferentes libros de la colección para niños para sacarlos de su lugar acotado. No muchos niños los ojearon, algunos los compartieron con sus padres. Algunos padres por fin se dieron cuenta de que el universo de los libros para niños era mucho más amplio que lo imaginado...

En mi experiencia, a los niños se les puede interesar en todo: desde química, biología e ingeniería a etnología. Al cerrar el día, rompimos una piñata. Muchos ni-

ños esperaban dulces y juguetes. El entonces secretario de Cultura me había sugerido que regaláramos libros. Le respondí que no, que una biblioteca no regala libros, los presta. Regala posibilidades de leer(se) y escribir(se). Respuestas a algunas interrogantes, pero, sobre todo, preguntas. Él me miró, creo, un poco decepcionado, pero yo no cambié de opinión. Y la piñata que rompimos estaba llena de palabras. Palabras extrañas, esas palabras que en México llamamos domingueras, es decir, palabras que no se usan cotidianamente, que son, como los domingos, para jugar y gozar, para festejar.

Y les dijimos que volvieran el año próximo con cuentos o poemas escritos por ellos con esas palabras, para poder festejarlos. Ingenuamente pensé que con ese regalo los niños volverían a la biblioteca. Pero no fue así. Tampoco podría asegurar que los niños, después de escuchar a los científicos, historiadores, artistas o cuentistas, hayan salido con una pregunta que los invitara a regresar a la biblioteca.

La mayor parte de los niños que recogieron palabras impresas nos miraron desconcertados. No sabían que tener una palabra es tener un tesoro. Igual que tener una pregunta lo es. Un rasgo claro de una política que ha despreciado la conversación y desincentivando la curiosidad.

Lo más sorprendente de todo, lo más relevante, fue que el regalo para los niños lo agradecieron particularmente los regaladores. Cientos de personas que solo recibieron una botellita de agua y un sándwich. Pero pudieron regalar tiempo y atención a niños desconocidos.

Todos salieron pensando que la Biblioteca Vasconcelos no estaba muerta. Que era un lugar en el que podían acontecer cosas sorprendentes. Incluso para los propios bibliotecarios, lo que no es poca cosa.

¿Puede lo íntimo ser compartido en el espacio público?
No lo sé.
Cinco veces lo intentamos y cada vez resultó un nuevo fracaso.
En ocasiones llegaron muchas personas, en otras menos.
¿Cuáles son los parámetros de éxito?
No lo sé.
No creo que haya uno.
Todo fracaso, si se analiza, se puede convertir en un logro.
Y, sin duda alguna, repetir una fórmula exitosa
no asegura que se pueda alcanzar lo logrado.

Enuncio al azar de la memoria, más con la intención de invitarte a improvisar que de enlistar logros, pues

muchos o todos ellos fueron también fracasos: un ciclo de matemáticas al que asistían desde luego adolescentes empujados por sus maestros, pero también mujeres de la llamada tercera edad. Los matemáticos que acudieron a dar sus charlas en su vida habían imaginado que podían compartir los temas que les apasionaban a un público tan diverso. Para ellos, asistir era una suerte de trabajo social no remunerado (pues a los matemáticos, que se supone que viven abstraídos, les importa el mundo y los otros, como a nosotros).

¿Por qué mujeres de más de 60 años podían acudir a una biblioteca pública situada a más de una hora de su casa para escuchar una charla sobre el concepto de cero?
No lo sé. Pero recuerdo con claridad que varios de los ponentes me confesaron que para ellos preparar una charla para nuestro ciclo era un desafío mucho mayor que preparar una conferencia para un congreso, en el que sabían que encontrarían a colegas ya interesados.
Poder hacer una exposición clara de un tema que te apasiona y despertar interés es un gran desafío.

Y fue un desafío acercar a la biblioteca a los sordos que, en mi país y en muchos otros, están aún más excluidos

que los ciegos. ¿Cómo acercarlos a una biblioteca si no conocen el español, hablado o escrito? ¿Debíamos abrir una sala para ellos y, por tanto, continuar su segregación, o abrir toda la biblioteca para ellos, formando un equipo de bibliotecarios para que pudieran comunicarse en lengua de señas mexicana?

La sala de sordos acercó a muchas personas que habían permanecido excluidas y despertó preguntas que no tienen respuesta única.

Lo mismo hicimos con talleres, conciertos, círculos de lectura, exposiciones. Con un presupuesto magro, nos dimos a la tarea de reinventar nuestra biblioteca. Reciclamos las mismas mamparas para albergar exposiciones. Experimentamos y procuramos aprender de la experiencia.

Con un magro presupuesto, algunos años realizamos más de dos mil actividades. Casi siempre generando sinergias con otras instituciones, públicas o privadas. Para los investigadores en matemáticas tener la oportunidad de salir de su cubículo y los congresos y comunicarse con personas no expertas representaba un desafío. Para los alumnos del conservatorio, tocar y ensayar frente al público, un entrenamiento...

Una biblioteca pública puede ser un taller, donde maestro y aprendices comparten. Puede ser también un laboratorio para arriesgarse a hacer y a ser, lo imprevisto, lo soñado, lo nunca imaginado.

Por su accidentada construcción, la Biblioteca Vasconcelos se inauguró con goteras en el séptimo piso, lo que obligó a reacomodar la colección.

Hacerse cargo de su historia suponía sellar esas fisuras que permitían goteras y filtraciones. Y lo hicimos.

Al reabrir la séptima planta, nos preguntamos si debíamos volver a acomodar el acervo en sus anaqueles y, por fin, hacerla funcionar tal cual la habían imaginado los que la diseñaron. Esto habría sido en cierta medida correcto, pero aburrido.

Pero también nos brindaba la oportunidad experimentar nuevas maneras de acomodar las colecciones, lo que nos ponía de entrada en condición de aprendices. Nos proporcionaba la alegría de no saber qué pasaría. La cosquilla de lo incierto, el placer de jugar. Y optamos por eso.

Ensayamos un acomodo de la colección acorde con las maneras de leer, estudiar, informarse y comunicarse hoy. En las colecciones se integraban libros, videos y audios. Pero también obras de las denominadas de ficción y las reconocidas como de no ficción, por usar una terminología de la clasificación anglosajona, muy discutible y muy poco discutida.

Así, por ejemplo, en una sala que llamamos «Drogas» fuimos acomodando obras vinculadas a ese tema, desde libros y CD de Pink Floyd y Bob Marley, a obras de o

sobre Carlos Castaneda. Los mitos de Eleusis, libros sobre el peyote o el narcotráfico, las adicciones, novelas de Williams Burroughs o poemas de Artaud. ¿O no están vinculados en el mundo real esos temas y problemas?

Nuestra convicción es que la biblioteca debía ampliar la perspectiva y vincular los datos con los relatos. Las ideas con los sueños. La economía con la sociología. La historia con el arte. El cine con la política.

Asumí la dirección de la Biblioteca Vasconcelos con ganas de integrar una comunidad de aprendizaje en la que se reconociera que todos saben y pueden aprender, como debe ser en cualquier biblioteca pública. Un lugar hospitalario para todos.

El que quiera ver lo que ahí se hizo durante esa gestión colectiva puede seguir este enlace: https://www.ventanavasconcelos.com/. Un espacio para compartir investigaciones cuantitativas y cualitativas. Sobra decir que los descubrimientos que realizamos nos llevaron a más preguntas. Y que las preguntas nos invitaban a hacer nuevos experimentos. Sí, algo aprendimos: que siempre seríamos aprendices. Lo que no es poco.

Ahora todo eso suena muy lejos. El mundo ha cambiado.

Insisto, el coronavirus pudo haber sido un accidente, pero la velocidad de expansión de la pandemia no. Está directamente vinculada con la escritura, en un sentido muy amplio. Sin ese genial invento, y la velocidad con la que podemos hoy compartir y procesar información, tampoco habríamos podido enfrentar la pandemia con la velocidad con la que lo hemos hecho.

Toca volver a empezar en un mundo sin duda más desafiante. En un mundo en el que todos estamos comunicados, o eso decimos, y lo público y lo privado y lo íntimo están confundidos y trastornados. Un mundo inmundo por la cantidad de basura.

En *Cándido*, Voltaire explora la tesis de si vivimos en el mejor de los mundos posibles. ¿Podemos vivir en otro? Una biblioteca pública es un espacio para indagar con otros esa interrogante. Con otro, aunque estemos solos.

No es cierto que todos los tiempos sean iguales, cada uno es singular. Pero todos son y serán ambivalentes.

Una biblioteca ofrece la posibilidad de distanciarse del presente y aprender de y con la experiencia ajena. Incluso de la de aquellos que no pudieron o supieron o quisieron escribir.

De una manera muy tangencial, a lo largo de este libro he bosquejado un repaso de nuestro momento histórico. Hoy me siento más concernido por preguntas e

inquietudes mucho más amplias que la salud del mercado editorial o cuántos libros leemos al año. Eso no me distancia de mi vocación de editor, promotor o bibliotecario; simplemente me obliga a ampliar mis objetos de lectura y a diversificar mis prácticas de escritura. A revisar otros modelos de instituciones. A retornar a mis principios. A pensar en mis fines. A reinventar(me).

A eso te invito.

Lo hecho por mí o por otros es un referente, pero no puede ser el modelo para imitar. En el escenario pospandemia (que en cierto sentido es también un espacio para prepararse a una futura pandemia, pues tarde o temprano otras llegarán), los retos serán cada vez más desafiantes.

Es preciso inventar. Estar abiertos, escuchar, observar y dialogar. A lo largo de los años en que he investigado la manera en que las bibliotecas determinan la vida de las personas y las comunidades, no he encontrado respuestas concluyentes.

Sé que importa la ubicación, el espacio, los servicios, los acervos, la atención... Pero cada elemento se puede conjugar de múltiples maneras. Hoy podemos encontrar bibliotecas con y sin libros, calladas o bulliciosas, iluminadas u oscuras. Todas las bibliotecas prestan li-

bros, revistas, computadoras, instrumentos musicales. Algunas prestan también herramientas, obras de arte, partituras, espacios para grabar o estudiar. Pero todas prestan, no venden, tampoco regalan. El matiz es importante, tal vez porque implícitamente hacen patente la confianza como un elemento consustancial a la relación que proponen.

Las mejores prestan un bien cada día más escaso, atención. Añado (re)conocimiento y atención. Por eso inciden no solo en las agendas de cultura y educación. Y son (o pueden ser) espacios valiosos para enfrentar los retos que más temprano que tarde tendremos que afrontar en materia de salud, seguridad, economía. También del cuidado y protección del medioambiente.

Arte de (des)glosar.
Una era puede desglosarse en muchos instantes.

Un instante, si se desglosa, es (o puede ser) una era.
Y una era
glosada es
(o puede ser)
fundante.
De eso también se trata el arte de (re)leer.

Coda
Las bibliotecas y el agua

> En términos musicales se denomina coda a una sección musical al final de un movimiento, a modo de epílogo. Técnicamente se trata de una cadencia expandida. Con lo cual, puede ser tan simple como unos pocos compases o alcanzar tal complejidad que constituya una sección entera[35].

Aunque las hubo en los baños romanos, las bibliotecas públicas siempre han tenido una relación compleja con el agua. Muchas de ellas han padecido serios problemas con goteras o filtraciones que dañan su patrimonio. No solo la Biblioteca Vasconcelos. Una búsqueda en Google en cualquiera de los idiomas nos va a mostrar cómo han padecido o padecen problemas similares bibliotecas de todo el mundo. Quizá debería llamarnos la atención que la relación con el agua sea motivo de escándalo cuando se trata de edificios públicos destina-

35 Tomado de la entrada «Coda (música)» de Wikipedia en este enlace: https://es.wikipedia.org/wiki/Coda_(m%C3%BAsica)#Como_secci%C3%B3n_musical

dos a la preservación de la cultura y no de otros edificios públicos como hospitales o escuelas, que, como es natural, también tienen filtraciones.

Pero, además de los problemas de las bibliotecas con el agua por las mentadas goteras y filtraciones, estas tienen problemas con los sanitarios. Y es que las bibliotecas públicas, entre muchas otras cosas, son sanitarios públicos. Esa es una de esas funciones de las que no se habla cuando se habla de su valor y se las constriñe a ser las instituciones encomendadas a la protección del conocimiento, algo tan sublime que sería triste siquiera confundir con algo tan vano o banal como los baños en los que la gente orina, caga, se limpia la cara y las manos, o, de plano, lava su ropa. Para los que en ellas hemos trabajado y los muchos que en ellas han vivido, la presencia del agua en ellas se funde en su música más o menos silenciosa, sin generar sobresaltos. Es parte de su ser.

Al comienzo de este libro pregunté cuántas instituciones están consagradas al derecho de todos a (re) conocer(se) y ser (re)conocidos. Ahora, al final, observo que, al menos en muchos países del orbe entero, no hay muchos otros espacios que permitan a todos entrar a sus baños a cumplir con sus mínimas necesidades corporales relativas a la higiene. Una de las cuestiones que la COVID-19 puso en evidencia fue esa.

¿Adónde podrían acudir los sin casa (o indigentes o mendigos), pues, incluso abiertas, una de las áreas cerradas son los sanitarios?

Para (al menos muchos de) los usuarios de las bibliotecas, seguramente sería más fácil aceptar una biblioteca pública sin libros que una sin baños.

No solo porque muchos usuarios llevan a ellas sus libros. O van a hacer otras cosas. Escribir. Pintar. Dormir. Tocar el piano. Consultar las computadoras. Etcétera. Sino porque las bibliotecas son para ellos un lugar para estar. Incluso para los que tienen casa. Incluso para los que viven solos. Incluso para los que tienen una habitación propia. Las bibliotecas son una suerte de (primera o segunda) casa. Un lugar para estar.

Un lugar para recibir a(l) otro. Ese otro que a veces emerge cuando descansas, duermes y a veces se presenta soportado por un texto (un verso, una idea). Y en ocasiones tiene un nombre propio diferente del nuestro, no siempre.

Estar, al menos mientras estemos vivos, supone atender al cuerpo. La pandemia lo ha hecho evidente. Sin embargo, muchas de las (pocas) bibliotecas que han abierto sus puertas no han abierto sus sanitarios.

El tema de los sanitarios en las bibliotecas públicas es delicado. En los baños pueden pasar muchas cosas, algunas relacionadas con violencia y violaciones, por ejemplo.

El problema de los sanitarios en las bibliotecas públicas es un tema de(l) cuidado. Tal vez no sea un azar que las haya habido en los baños de vapor de Roma. Lugares para el cuidado del cuerpo y del espíritu. Entre los unos.

Se convierte en un tema de cuidado cuando se pretende que los otros sean como uno. Igual que la democracia.

El día que tuve el gusto de conversar con Robert Darnton, uno de los historiadores que más admiro y actual director de la American Digital Library, me confesó que, dado que en la Bibliothèque Nationale de France no permiten que los usuarios se duerman, había desarrollado una técnica para esconder que dormitaba. Apoyaba la frente en los dos brazos y simulaba estar concentrado.

Habíamos antes conversado sobre la importancia de concebir a las bibliotecas también como lugares para dormir. Primero me miró desconcertado. Tuve que mencionar a Marcel Proust, Gérard de Nerval y André Breton, y la importancia que daban ellos en su obra al ingreso al mundo onírico; recordó eso y pudimos conversar más a gusto. Cuidar el sueño es capital para cuidar la vida intelectual, emocional y laboral.

De muchas maneras el cuidado de sí supone el cuidado del otro. No solo por cuidarse del otro, ni por cuidar al otro. La más contundente es (re)conocer que el otro es una dimensión de uno. Que no somos uno si no hay otro.

Ahora que la pandemia puso de muchas maneras de relieve la importancia del cuidado de sí y, por tanto, del otro, podemos aprovechar para volver a ver el asunto de las bibliotecas y el agua. Y la relación de las bibliotecas no solo con el trabajo o los estudios, también con el descanso y el sueño, como un problema social y político.

El agua tiene una suerte de sabiduría. Es paciente. Persiste. Finalmente, encuentra su camino. Y en su camino despierta y siembra vida.

Cuando comencé a escribir este libro, el agua todavía no se cotizaba en Wall Street. Pero en la segunda semana de diciembre de 2020 el agua se comenzó a cotizar en el mercado de futuros de materias primas de Wall Street. Como ha acontecido en otras ocasiones, los «expertos» que alientan las inversiones pretenden tranquilizar a la opinión pública: se trata de cuidar un bien común, no de apropiárselo[36]. ¿Será?

---

36 Véase «¿Qué significa que el agua empiece a cotizar en el mercado de futuros de Wall Street?», de Clemente Álvarez para el diario *El País*, publicado el 9 de diciembre de 2020, en https://elpais.com/clima-y-medio-ambiente/2020-12-08/que-significa-que-el-agua-empiece-a-cotizar-en-el-mercado-de-futuros-de-wall-street.html. También, «El agua comienza a comercializarse en Wall Street en el mercado de futuros por temor a la escasez», publicado en *Entrepreneur* el 7 de diciembre de 2020, disponible en https://www.entrepreneur.com/article/361134

Yo más bien creo que es hora de que los bibliotecarios comencemos a explorar relaciones de afinidad con el agua y los jardines.

Sí, nos toca resguardar y conservar. Libros (o acervos) que son frutos y semillas. Pero también nos incumbe ser el suelo para que estas despierten y prosperen. Nos toca conservar no solo los bienes, sino la apertura a proseguir la conversación con todas las conversiones que ello supone. Pero también procurar que llegue el agua, propiciar la actividad más comprometedora de todas: la escucha. ¿Cuántos otros espacios e instituciones pueden conjugar ese verbo de manera más versátil y universal para cualquiera?

Da capo

Por lo que puede concluirse
que el agua va de los ríos al mar
y del mar a los ríos.
Leonardo da Vinci

Dedicatoria

Las dedicatorias suelen ir al comienzo de los libros. Lo sé. Pero, en este caso, la dedicatoria llega al final. Este libro fue escrito en una suerte de fiebre entre el día y la noche, entre el sueño y el estar despierto. Los sueños son como los jardines, territorios de nadie para recibir al otro.

Este libro fue construido por asociaciones libres. Como algunas bibliotecas: nacidas de asociaciones de hombres libres que buscaban la libertad. Y por ella luchaban. Hombres que interrumpen sus vidas, rumian, traman, conversan y, luego, irrumpen a la vida pública. Soñar es crear nuevas asociaciones. Dejarse llevar. Escribir un libro es soñar con la posibilidad de participar en asociaciones que irrumpan, en otro tiempo y en otro espacio, a la vida pública.

Este libro está dedicado a las más de 25 000 personas que firmaron una carta pidiendo mi restitución al puesto de director de la Biblioteca Vasconcelos.

A ellos les respondí que no pensaba regresar pues consideraba que la responsabilidad del espacio público no es privativa del estado. Que nos concierne también a los ciudadanos construir el espacio público. No solo gozar de él. Para ello me pareció que era preciso reconsiderar la agenda del libro y la lectura, y hacerla dialogar con otras que abordan la diversidad y se sienten concernidas por la desigualdad.

También está dedicado a quienes me han acompañado en la creación de la asociación civil «Jardín Lac. Lectura, arte y conversación en (y para) el espacio público»: Néstor García Canclini, Elisa Bonilla Rius, Mauricio Merino, Raúl Zorrilla, Ramón Salaberria, Teresa López Avedoy, Carola Diez, Rafael Mondragón, Valeria Mata y Veronique Ricardoni. Y a Marcos García y Ana Cristina Herreros, que lo hacen a la distancia (física).

A Karen Coeman y Gabriela, Pablo, Ariel y Theo Goldin, siempre dentro.

Qué han sido efectivamente y, sobre todo, qué pueden ser las bibliotecas públicas son algunas de las preguntas que animan esta obra. En un momento peculiar, en el que existen recintos bibliotecarios sin libros y, a la vez, se puede acceder gratuitamente a cuantiosos acervos bibliográficos sin tener que desplazarse, estas interrogantes son aún más pertinentes.

Redactada durante la pandemia de la COVID-19 mientras, en buena parte del mundo, las bibliotecas están cerradas, *La música de las bibliotecas* convierte a la crisis en una oportunidad para descubrir y reinventar esa institución milenaria, misteriosa y cambiante, que ha tenido la encomienda de resguardar y poner a disposición el conocimiento y la información. Alejándose de los augurios catastróficos, los lamentos y las loas, Goldin nos invita a sostener un diálogo fresco para revisar la historia y descubrir en el presente oportunidades de (re)leer y (re)escribir nuestra historia íntima y colectiva, no solo como lectores, bibliotecarios o promotores de lectura.

ISBN: 978-612-4045-69-1

9 786124 045691